

# **La irreductibilidad de lo político a lo técnico**

**Eduar Ramos Barragán**

**Universidad del Valle  
Facultad de Humanidades  
Profesional en filosofía  
Santiago de Cali  
2019**



# **La irreductibilidad de lo político a lo técnico**

**Eduar Ramos Barragán**

**Monografía para optar al título de Profesional en Filosofía**

**Tutor**

**Delfín Ignacio Grueso Vanegas, PhD.**

**Universidad del Valle**

**Facultad de Humanidades**

**Profesional en filosofía**

**Santiago de Cali**

**2019**

**A mis padres, que me enseñaron a amar y buscar la sabiduría.**

**A mis hermanos, inquebrantables compañeros.**

**A María, razón y emoción en esta búsqueda.**

# Contenido

|                                                                                       |           |
|---------------------------------------------------------------------------------------|-----------|
| <b>Introducción.....</b>                                                              | <b>5</b>  |
| <b>Capítulo I. Un concepto de técnica.....</b>                                        | <b>9</b>  |
| <b>1.1.    Heurística.....</b>                                                        | <b>9</b>  |
| <b>1.2.    La tecnología .....</b>                                                    | <b>14</b> |
| <b>1.3.    La técnica .....</b>                                                       | <b>18</b> |
| 1.3.1.    El entendimiento instrumental de técnica .....                              | 18        |
| 1.3.2.    El entendimiento sistémico de la técnica .....                              | 21        |
| 1.3.3.    Un entendimiento apropiado del concepto de técnica.....                     | 24        |
| <b>Capítulo II. Un concepto de política .....</b>                                     | <b>27</b> |
| <b>2.1. La política y lo político .....</b>                                           | <b>27</b> |
| <b>2.2. La política como consenso: la solución a un conflicto.....</b>                | <b>29</b> |
| <b>2.3. La política como dominación: un conflicto por otro .....</b>                  | <b>30</b> |
| <b>2.4. Lo político como conflicto: aspecto transversal .....</b>                     | <b>33</b> |
| <b>2.5. Ampliando el concepto de lo político como conflicto.....</b>                  | <b>35</b> |
| <b>Capítulo III. Política y técnica .....</b>                                         | <b>39</b> |
| <b>3.1. Progreso técnico y dominación técnica .....</b>                               | <b>40</b> |
| 3.1.1. Progreso técnico .....                                                         | 42        |
| 3.1.2. Dominación técnica .....                                                       | 45        |
| <b>3.2. La política y el entendimiento sistémico de la técnica.....</b>               | <b>47</b> |
| <b>3.3. Un límite para la técnica: crítica al reduccionismo técnico .....</b>         | <b>49</b> |
| <b>3.4. La neutralidad técnica como discurso político .....</b>                       | <b>53</b> |
| <b>3.5. La legitimidad política de la técnica: una interpretación apropiada .....</b> | <b>60</b> |
| <b>Conclusión.....</b>                                                                | <b>63</b> |
| <b>Bibliografía.....</b>                                                              | <b>65</b> |



# La irreductibilidad de lo político a lo técnico

## Introducción

El tema del que se ocupa esta monografía es la relación entre técnica y política. La exploración de esta resultó un reto debido a los constantes cambios tecnológicos y políticos que se han presentado a nivel mundial en los últimos años, muchos de los cuales han estado fuertemente relacionados. En la medida de lo posible he intentado estar al tanto de los mismos para comprender el papel que desempeñan en la reflexión que se plantea en las siguientes páginas. Algunos sucesos dan cuenta de estos cambios, tales como: el triunfo del ‘no’ al acuerdo de paz entre el gobierno colombiano y las FARC debido, aparentemente, al uso poco ético del mercadeo digital; la elección de Donald Trump como presidente de Estados Unidos mediante el uso de ciencia de datos; la creación y masificación de una moneda digital no asociada a una banca central por parte de *cyberanarquistas*; el auge del *hacktivismo*; la implementación de tratados de libre comercio en Colombia, el aumento de la politización por redes sociales, el triunfo de posturas tecnocráticas de derecha en muchos países, etc.

Todos estos sucesos pueden resultar abrumadores si los analizamos de forma aislada. Pueden convertirse en el inicio de utopías irrealizables con las que se nos promete que, si seguimos la senda de la tecnología, el mundo será mejor moralmente o en pesadillas distópicas donde hechos como los mencionados en el párrafo anterior son el inicio de un camino a un mundo donde lo humano no tendrá cabida, seremos gobernados por una pequeña minoría tecnocrática, por máquinas o estaremos alienados de tal forma que el único sentido será el consumo, el trabajo o la satisfacción de los placeres.

Sin embargo, con una conceptualización apropiada, la tecnología como fenómeno abandona su manto de novedad constante. Se observa que la construcción artefactos y el desarrollo de métodos ha sido una constante en la historia que se encauzado en la consecución de nuestros fines. En lo cual, la política ha aportado en gran medida en tanto ofrece la oportunidad de dirigir los proyectos que las sociedades consideran pertinentes. Quizás la

relación entre política y tecnología no haya dejado las mejores huellas: guerras mundiales, desigualdades, desastres ambientales, explotación laboral. Pero, a su vez, ha dotado a la humanidad de nuevas posibilidades que podrían acercarnos al inacabado tránsito y antiguo ideal de una sociedad justa. No obstante, para ello se requiere no solo de la implementación de tecnologías a ciegas o del establecimiento de regímenes políticos, sino justamente de la reflexión y la crítica que nos permita moldear estas dos aristas. De allí el papel de la filosofía.

Si la reflexión filosófica se concentrara en cada una de las tecnologías que aparecen en nuestra sociedad o en los regímenes actualmente instaurados, muy poco podría decir acerca de estos temas, puesto que para esto ya existen disciplinas especializadas que lo explican en profundidad. En lugar de esto, la filosofía se concentra en los conceptos y supuestos sobre estos temas, que requieren ser examinados de forma crítica para ser mejor entendidos. Teniendo en cuenta esto, se planteó la metodología de esta investigación. Un camino de dos vías que incluye tanto reflexiones de la filosofía de la técnica como de la filosofía política.

La primera vía fue buscar un concepto de técnica o tecnología, que no estuviera ligado a sus propios azares, que permitiera ver en la novedad a un viejo conocido. La segunda vía fue hallar un concepto de política que no estuviera comprometido con el régimen en el que fue producida, que permitiera explicar la democracia, el liberalismo, la globalización o el capitalismo; pero que a su vez prescindiera de estos. Curiosamente los autores que han sido etiquetados como filósofos de la técnica constantemente se han preocupado por las implicaciones políticas, mientras que, la filosofía política ha reflexionado ampliamente acerca de la técnica, fue uno de sus temas más importantes durante el siglo XX. Es así como estas dos vías convergieron.

Ahora bien, esta investigación defiende la idea de lo político y lo técnico como dos ámbitos relacionados pero irreductibles el uno en el otro. Tesis que va en contravía a lo que se ha planteado con las ideas de *progreso* y *dominación técnica* que presuponen que la política puede tecnificarse. Por el contrario, propongo una interpretación de la relación entre técnica y política, donde la política establece los contenidos y fines que la técnica ayuda a materializar y perpetuar. Por lo cual, entiendo a la técnica como un enfoque para la consecución de fines y a la política como el ámbito donde los *horizontes de sentido* de los

diferentes grupos de una sociedad entran en conflicto. Esto tiene al menos tres implicaciones: que la técnica no ofrece contenidos, sino que los toma de los ámbitos sociales; que la política no puede entenderse como técnica en tanto se ancla en la contingencia de lo social, y que los productos técnicos (artefactos, procedimientos y sistemas) pueden ser objeto del debate político en tanto materializan posiciones.

Considero que la interpretación propuesta se exonera de dos extremos. Por un lado, de una tecno-fobia en la política que podría impedir la realización de todo proyecto tecnológico por considerarlo un instrumento para la dominación y, por el otro, de la aceptación de un *determinismo* que impida cuestionar los productos tecnológicos al considerarlos como intrínsecamente favorables o inexorables. Además, permite reinterpretar la idea de *progreso* como una idea que plantea un horizonte de sentido que busca superponerse a otras formas de entender la realidad, es decir, como otra postura en el conflicto político.

De acuerdo con lo anterior, esta monografía se divide en tres capítulos. El primero está dedicado a la técnica, principalmente para precisar este concepto. Para esto fue necesario aclarar su relación con los conceptos de ciencia y tecnología<sup>1</sup>. Ello como un primer paso para plantear una concepción instrumentalista de la técnica que no implique la neutralidad de esta, sino que tenga en cuenta como la técnica encarna posiciones o cosmovisiones.

El segundo capítulo explora el concepto de lo político como conflicto, y muestra la forma en que el conflicto, como aspecto contingente, genera la conformación y destrucción de regímenes políticos. Entendido como conflicto, lo político se relaciona con horizontes de sentido que generan diferencias en las sociedades y que motivan la dinámica política formando ideas en el orden de lo simbólico desde las que se crean imaginarios fundacionales o constituyentes, que operan tanto en momentos institucionales como en los de ruptura. Convirtiéndose en un límite infranqueable para la técnica en su núcleo característico y negando la posibilidad de su reducción a lo técnico. En el último capítulo se ponen en relación ambas consideraciones y se confrontan sus marcos conceptuales. Principalmente, se cuestiona y replantea la idea de *progreso* y *dominación técnica*.

---

<sup>1</sup> Concepto que hasta ahora he usado indistintamente con el de técnica.

Considero esta reflexión importante para entender un momento histórico altamente influenciado por la tecnología y a su vez para entender mejor el concepto de política. Por lo tanto, este trabajo de investigación también puede ser visto como una aclaración de este último concepto. La tecnología parece haber sitiado a la política, desplazando muchas de sus funciones a organizaciones con funciones técnicas: la salud pública, la banca central, organizaciones de comercio, etc. Sin embargo, mi interpretación es que esto ha logrado que la política se aferre a sus aspectos característicos: en la práctica, ha mantenido un grupo de organizaciones de naturaleza propiamente política como los parlamentos o los ámbitos ejecutivos (al menos en occidente); en lo teórico, ha develado que bajo el manto de lo técnico existe un fuerte componente político que busca ocultarse. La importancia de filosofía en este caso está en que puede mostrar estos aspectos característicos.

# Capítulo I.

## Un concepto de técnica

Como es natural, a una concepción de lo técnico corresponde una interpretación de la relación entre técnica y política; y, consecuentemente en la concepción de lo político. Esta es una de las causas por las que se suele reducir la política a la técnica, idea que quiero cuestionar en este trabajo de investigación.

La actualidad del concepto de técnica se caracteriza por su relación con la ciencia, suele entenderse como ciencia aplicada (Bunge, 1966), tecnología o *tecnociencia*. Considero que estas relaciones deben problematizarse para entender apropiadamente el concepto de técnica. Principalmente me preocupa que esta relación pueda llegar a entenderse como una identidad, puesto que, con ella se traslada una aparente neutralidad de la ciencia a la técnica. Neutralidad de por si cuestionable en el ámbito científico, pero aún más en la técnica donde considero muy difícil de defender. Esto, como una aclaración necesaria para plantear un entendimiento instrumental de la técnica que contrapondré al entendimiento sistémico. Habitualmente el entendimiento instrumental se ha planteado como la aceptación de una neutralidad de la técnica, pero, como trataré de mostrar, esto no es necesariamente cierto. Por tanto, en este primer capítulo se plantea un entendimiento instrumental no neutral de la técnica.

### 1.1. Heurística

En *Técnica, medicina y ética* (1997), Hans Jonas explica cómo, desde la modernidad, la ciencia y la técnica alcanzaron una aparente identidad o interdependencia necesaria a la que no pueden renunciar: "[la ciencia y la técnica] solo pueden vivir juntas o tienen que morir juntas" (Jonas, 1997, p. 23). Esta idea, ampliamente difundida en las humanidades y las ciencias sociales parece contar con bastos referentes empíricos: el surgimiento de la ciencia industrial, la dependencia de la ciencia natural a los instrumentos, la existencia de ciencias fundamentadas en la técnica o ciencias aplicadas como la medicina, la electrónica, la biotecnología o la psicología. Así también puede observarse el papel central que han

tomado algunos artefactos o procedimientos técnicos en las ciencias: la datación por carbono 14 en la arqueología, los sistemas de información en la geografía, el telescopio en la astronomía, el aislamiento del ADN en la biología, etc. Igualmente, puede encontrarse otras conceptualizaciones que presuponen o plantean el entendimiento de la tecnología como identidad entre ciencia y técnica como son el concepto de *tecnociencia* y el de *sociotécnica* (Ihde, 2004; Latour, 2008; Mumford, 2004) usuales en los estudios sociales de la ciencia.

Por su parte, el entendimiento de la técnica como ciencia aplicada supone una dependencia ontológica de esta a la ciencia que entra en contradicción con la precedencia histórica de la técnica a la ciencia (Niiniluoto, 1997). Contradicción que solo puede solucionarse generando una dualidad: una técnica precedente e independiente de la ciencia, técnica pre-moderna, y otra que es un subproducto de la esta, técnica moderna o tecnología. Pero a esta dualidad volveremos más adelante. Ahora me interesa cuestionar las relaciones ontológicas entre ciencia y técnica.

Niiniluoto (1997) también contempla la posibilidad de entender a la ciencia como una forma de técnica, planteando en este caso una dependencia ontológica de la ciencia a la técnica, donde las teorías científicas se entienden como dispositivos que facilitan la consecución de fines, una ciencia enfocada en la aplicabilidad, una ciencia pragmática. Pero, esta idea que puede ser cierta para una parte de la ciencia (las ciencias de diseño) desconoce la gran cantidad de investigaciones que no persiguen una aplicación práctica; incluso cuando hacen uso de experimentos, en tanto, estos se construyen al servicio de la búsqueda de conocimientos.

No considero que entre la técnica y la ciencia exista una relación ontológica, es decir, que puedan entenderse como un subproducto la una de la otra o como una identidad. Para defender esta idea, introduciré el concepto de heurística<sup>2</sup> para mostrar de qué manera puede desligarse la técnica (moderna o pre-moderna) de la ciencia a favor de la funcionalidad o de la efectividad sin que esto implique perder sus características. Es decir, que la técnica puede existir sin ciencia. Mi argumento principal es que la técnica no siempre recurre a la formalidad lógica, matemática o científica como podría entenderse en las posiciones que

---

<sup>2</sup> Del griego εὕρισκειν: «hallar, inventar».

plantean una identidad entre ciencia y técnica. Puesto que su régimen de objetividad no es la búsqueda de proposiciones descriptivas con carácter de verdad, comprobables o falsables, sino la búsqueda de la efectividad en la solución de problemas.

El concepto de heurística se relaciona directamente con los métodos establecidos de manera experimental —mediante ensayo y error—, y que han demostrado un funcionamiento correcto pese a no estar probados matemáticamente o fundamentados en leyes científicas. Ellos se caracterizan por no ser generalizables o no ser la solución óptima para un problema, pero realizables con recursos disponibles en situaciones específicas. Estos métodos son de gran uso en los entornos técnicos como las industrias, la ingeniería y los mercados y se caracterizan por adaptarse mejor a problemas particulares por ofrecer soluciones rápidas y eficientes.

La diferencia fundamental entre los métodos heurísticos y los no heurísticos consiste en que los últimos requieren una formalización que los vincula con los conocimientos existentes, es decir, están en relación con conocimientos previos gracias a una demostración matemática o una deducción lógica. En este sentido, son deducciones a partir de leyes científicas o poseen un fundamento que los demuestra como leyes. Este rasgo les otorga un carácter de objetividad que permite sean planteados como proposiciones descriptivas verdaderas. Por su parte, los métodos heurísticos fundamentan su objetividad en su éxito en la resolución de un problema, incluso si este éxito es parcial o estadísticamente aceptable para el contexto en el cual se presenta. Por tanto, no se plantean como proposiciones verdaderas, sino como políticas empresariales, pasos, metodologías, algoritmos, estándares o buenas prácticas.

La heurística revela una característica de la técnica que genera una ruptura conceptual con la ciencia al mostrar que se pueden obtener resultados sin conocer todos los ámbitos o fundamentos de un método. En este sentido, los criterios de objetividad no están asociados a la posibilidad de ser reproducidos por parte de terceros, sino a su correcto funcionamiento en determinadas situaciones: la verificabilidad pierde importancia frente a la obtención de resultados.

Ilustraré lo anterior con un ejemplo, si un día Dios se materializa en el mundo, la ciencia tardará en demostrar cómo a la luz de los conocimientos actuales es posible su

existencia; pero la técnica podría encontrar que irradia calor y gracias a esto usarlo como fuente de energía<sup>3</sup>. Esta ruptura entre ciencia y técnica explicaría fenómenos como que la máquina de vapor se diera históricamente primero que la termodinámica (Mumford, 1992, p. 38)<sup>4</sup> o el uso que se hace en el mercadeo de conceptos como las emociones con una base psicológica fundamentada en la experimentación; el éxito de la ingeniería y el diseño frente a la comprensión científica del mundo o el uso de la religión como mecanismo de control social. En este sentido, la técnica no necesita del apoyo de la ciencia en su operar y, aun existiendo una demostración científica, ésta es irrelevante si el hallazgo científico se entiende como mecanismo utilizable o como una caja negra. Quizás aún más importante es que la técnica puede emplear aspectos no científicos en su operar sin que esto represente un obstáculo. La técnica es siempre heurística.

Con todo ello, no se niega que la ciencia tiene, de hecho, un efecto en la técnica. Por el contrario, considero que le ha permitido adquirir un carácter más general al disminuir el carácter heurístico de una técnica. Cuando una técnica se encuentra fundamentada en aspectos científicos, adquiere una mayor aplicabilidad y se facilita su difusión a distintos campos, de modo que amplía y potencia su uso. Sin embargo, esto no implica que la ciencia deje de usarse por la técnica como una caja negra, puesto que, el uso técnico muchas veces desconoce el fundamento científico o incluso conociéndolo no le es relevante durante la puesta en marcha de un proyecto. En este sentido, una técnica solo pierde su carácter heurístico, a nivel investigativo, cuando su funcionamiento es descrito conforme a leyes científicas; pero en la aplicación continúa apropiándose de forma heurística.

La técnica entiende a la ciencia tanto como sea necesario para explotarla: como una caja negra que le ofrece mejores resultados que otras opciones, como un misterio, como el regalo de Prometeo a la humanidad. Este carácter heurístico de la técnica ha sido

---

<sup>3</sup> Basado en el siguiente ejemplo de Garrett Thomson (2002): “Supongamos que un conejo se materializa en la esquina del cuarto unos segundos cada hora. Al principio estaríamos perplejos: ‘este es un fenómeno muy extraño, ¿Cuál es su causa?’ Pero tarde o temprano nos acostumbraríamos a las apariciones del conejo. Nos quejaríamos si llega retrasado, y cuando otros expresen sorpresa ante el fenómeno, diríamos: ‘¡Oh, eso! No es más que el efecto conejo!’” (p. 20)

<sup>4</sup> El vapor apareció en el mundo como una fuente aprovechable de energía sin precedentes, pero solo mucho tiempo después la ciencia nos pudo decir formalmente cómo funcionaba.

indirectamente descrito por Jacques Ellul (2003) al mostrar que la técnica es capaz de tomar aspectos de otros ámbitos y reducirlos a sus términos mediante lo que él denomina *the one best way*, la mejor opción posible<sup>5</sup>. De acuerdo con Ellul (2003, p. 83), la técnica se fundamenta en un cálculo constante de la mejor alternativa frente a la consecución de un objetivo, por consiguiente, frente a una o más posibilidades se evalúa cuál es la mejor opción y se descartan las peor evaluadas.

Para evaluar la mejor opción posible no es necesaria la ejecución de un conjunto de cálculos o demostraciones formales, sino la ejecución de ensayos medidos en términos estadísticos y el éxito o error dependerá de las características específicas del problema. Esta evaluación estadística es lo que le permite a la técnica avanzar tan rápidamente, pues no requiere de una comprensión acerca de los elementos que participaran en su funcionamiento. La técnica como enfoque, se distingue de los que denominamos un ámbito social (como la religión, la moral, lo estético, etc.), en tanto, no puede ofrecer contenidos<sup>6</sup>.

En tanto enfoque, la técnica puede entenderse como un enfrentamiento sujeto-mundo, y a este mundo como poblado por horizontes de sentido desde los cuales se establecen los fines que ésta debe alcanzar. En otras palabras, la técnica no provee fines: busca su

---

<sup>5</sup> Para Ellul (2003, p. 86), esta característica de la técnica se traduce en un determinismo técnico al que se refiere como automatismo. La técnica, al estar fundamentada en la búsqueda de la mejor opción posible, elimina las posibilidades de decisión al recurrir constantemente a la comparación funcional basada en cálculos estadísticos, descartando así cualquier decisión basada en aspectos subjetivos como la intuición, las preferencias, la fe o la afectividad. Según Ellul, esto deriva en un conjunto de consecuencias sociales en tanto la técnica, al entrar en contacto con otros ámbitos, termina por desplazarlos o tecnificarlos. Desde la política hasta la religión e incluso las ciencias quedan reducidos a aspectos de funcionalidad, dejando de lado sus características propias. En este sentido, la política deviene en control, la religión en masificación y la ciencia en aplicabilidad. Este punto lo trataré mejor en el tercer capítulo cuando hablemos del papel de la técnica en la política. Sin embargo, quiero anticipar mi desacuerdo con Ellul: No considero que la búsqueda de la mejor opción posible genere un determinismo técnico en tanto la técnica requiere de la definición de objetivos por alcanzar y estos objetivos no provienen de la misma técnica, sino de los ámbitos que según Ellul ésta reduce. Es decir que la técnica tiene propósitos políticos, religiosos, culturales o sociales; pero no existen objetivos propiamente técnicos. La mejor opción posible es una selección para alcanzar un objetivo, pero no define el objetivo como lo hace parecer Ellul. Quiero resaltar que, aunque la técnica interactúa con otros ámbitos, su fundamento principal es la mejor opción posible o el cálculo de efectividad, pero esto no implica que dependa de ninguno de estos ámbitos, ni que se convierta en ellos.

<sup>6</sup> Entiendo contenidos como los aspectos propios de los miembros de una sociedad por los que se establecen o buscan un sentido frente al mundo y que generalmente se encuentran en el terreno de lo simbólico. También puede entenderse como un aspecto existencial al que todo grupo humano se encuentra atado en su necesidad de comprender la realidad y su papel en él.

consecución. La importancia de la técnica tiene que ver con el descubrimiento de mejores opciones mediante la experimentación, es decir, su ya mencionado carácter heurístico.

Para concluir este aparte, el concepto de heurística nos muestra de qué manera interactúa la técnica con la ciencia, a su vez que nos permite establecer un criterio de independencia entre estas. Las proposiciones objetivas de la ciencia son empleadas por la técnica como mecanismos para obtener mejores resultados sin que se requiera de su comprensión o se discuta su validez. El principal beneficio o efecto de la ciencia sobre la técnica es que le permite adquirir un carácter más general, pero esto no niega que la técnica use a la ciencia como caja negra. Esta ruptura entre ciencia y técnica da indicios de la relación entre técnica y política y, a su vez, de la relación entre ciencia y política. Además, es útil para comprender eso que llamamos tecnología, como se verá a continuación.

## 1.2. La tecnología

Al comparar artefactos como el acelerador de hadrones con una caña de pescar percibimos, sin necesidad de un análisis profundo, de cierta diferencia en su complejidad. Esta es la principal diferencia entre técnica y tecnología: su complejidad. Sin embargo, la tecnología no deja de ser técnica, con la particularidad que se apoya en los hallazgos y métodos científicos. La tecnología es entonces el vínculo entre la técnica y la ciencia. Y este vínculo es tal que parece que se tratara de una identidad, pero, como ya se mostró, esto no implica una relación ontológica.

Jonas (1997) explica este fenómeno a partir de la distinción entre técnica pre-moderna y técnica moderna. La distinción principal que propone Jonas (1997) está entre lo que él denomina *equilibrio entre los medios y los objetivos prefijados*. En la técnica pre-moderna los descubrimientos eran circunstanciales o aleatorios y una vez entendidos los medios para un fin se mantenían respondiendo a este sin mayores exigencias. Por su parte, en la técnica moderna los descubrimientos son un proceso consiente y premeditado que no busca un equilibrio a un fin, sino que explora continuamente creando nuevas necesidades y objetivos. De este modo, una vez se produce una innovación, se planean nuevos usos, convirtiéndose la misma técnica moderna en un fin (Jonas, 1997, pp. 16–20). Las causas de esta inestabilidad en la técnica moderna son, entre otras, la competencia por los beneficios, por el poder o la

seguridad; una forma ideológica sinérgica (el sueño americano o el marxismo científico) o la necesidad ante la escasez de recursos. Todas estas causas confluyen en la idea de *progreso*, la creencia en el mejoramiento de cualquier situación actual mediante artefactos o procedimientos y que además esta mejora es ilimitada (Jonas, 1997, pp. 21–22).

Aunque no comparto con Jonas que la técnica moderna pueda convertirse en un fin en sí misma, sí concuerdo con la idea de la ruptura de su equilibrio, generada principalmente por la noción de *progreso*<sup>7</sup>. Con ésta noción, se asoció un aspecto simbólico a la técnica que terminó por convertirla en un fenómeno incontenible, facilitando su despliegue y materialización bajo la idea de mejora infinita. Por tanto, es el progreso, no la técnica moderna, la que se ha convertido en un fin. El progreso es el horizonte metafísico al que propende la sociedad occidental, es la idea de que todos los problemas pueden ser solucionados por la ciencia y la técnica, asumiendo muchas veces que estas últimas son lo mismo.

Mediante la idea de progreso, la técnica se convirtió en objeto de continuos e iterativos procesos de investigación, de los cuales se espera una consecución continua de mejoras o el aumento de la aplicabilidad de las diferentes técnicas. Esto llevó su complejidad al nivel que conocemos. Gobiernos, universidades, centros de investigación e industrias han tomado como uno de sus principales objetivos el desarrollo tecnológico, incluyéndose en una carrera por conseguir que la técnica mejore la realidad. Es en esta búsqueda donde la ciencia toma un papel como generalizador de la técnica.

Los conocimientos científicos han sido insumo para los desarrollos técnicos, pero, a su vez, los progresos técnicos sirven a la ciencia para ampliar su horizonte de conocimientos (Jonas, 1997, p. 22). Esta relación de doble vía ha sido fructífera en la medida en que la ciencia le otorga a la técnica un fundamento teórico que facilita su ejecución en la realidad al brindarle un terreno conocido para desplegarse. En otras palabras, la ciencia ofrece a la técnica el conocimiento descriptivo del mundo para ser utilizado como mecanismos a favor de la solución de problemas. Todo este conocimiento objetivo se convierte en contenido para

---

<sup>7</sup> Mumford (1992, p. 10) coincide con Jonas (1997) al señalar que la diferencia entre la técnica en la civilización moderna y en la antigüedad se encuentra en la manera en que el entorno social e ideológico cambia para dar el papel que ahora tiene.

que los proyectos técnicos experimenten con un mayor grado de precisión y generalidad, lo que no le ofrece otras opciones como la tradición o lo simbólico.

Cabe recordar que la ciencia —principalmente la ciencia natural— consigue su objetividad gracias a la separación entre sujeto y objeto. Dicha separación busca suprimir aspectos de la experiencia del sujeto no verificables por terceros de forma que no interfieran en la investigación. Esto le permite a la ciencia realizar proposiciones descriptivas acerca del mundo con pretensión de verdad mediante teorías, leyes y sistemas que facilitan la consecución de nuevos conocimientos. La tecnología o la técnica moderna recibe toda esta estructura de conocimientos como contenido. Además de un esquema de investigación y métodos de validación fundamentados en el cálculo matemático, adquiere también un régimen de objetividad (que transforma), capacidad predictiva, sistematización de conocimientos y capacidad de generalización. En este sentido, las soluciones a problemas dejan de ser aspectos aislados y específicos para convertirse en todo un sistema de saberes prácticos: tecnología.

Estos insumos permiten que la tecnología se enfoque en aspectos verificados de la experiencia, aumente la obtención de éxitos y facilite la comparación funcional o de efectividad al otorgar herramientas como el cálculo matemático; esto contrasta con la técnica pre-moderna donde la utilización de una u otra técnica estaba principalmente asociada a una cuestión de tradición. La técnica moderna o tecnología recurre al cálculo matemático como justificación tal como lo hace la ciencia; pero no lo hace con el objetivo de describir el mundo, sino para crear un abanico de objetivos que buscan transformar la realidad. La ciencia, por su parte, puede aumentar su capacidad descriptiva al recibir de la técnica mayor información, mayor capacidad experimental, mejores capacidades de observación e incluso facilidades para la realización de cálculos. También recibe nuevos objetos de investigación, convirtiendo a la misma técnica y a sus descubrimientos en objetos de la ciencia.

Pero lo anterior, no implica que la tecnología deje de ser técnica, nuevamente el concepto de heurística hace aquí su aparición. La tecnología no rompe con el esquema de relación heurística propio de la técnica; la recepción de toda la capacidad de generalización de la ciencia se presenta solo en los momentos de investigación y de una forma particular, se

busca comprobar que principios científicos tienen utilidad en cuestiones prácticas, es decir, que las proposiciones descriptivas presentan una mejora en la efectividad.

Nótese, que aun tratándose de momentos de investigación los regímenes de objetividad entre ciencia y tecnología se mantienen independientes, la tecnología mantiene la necesidad de resolver problemas de forma eficiente y en este aspecto sigue emparentada con la técnica y solo hasta ser comprobado bajo el régimen de objetividad funcional, que un principio científico es provechoso que pasa a ser considerado como un recurso tecnológico. Una teoría científica no necesariamente forma parte del arsenal tecnológico, incluso puede mantenerse así por tiempo indefinido, por su parte muchos de los recursos del cúmulo tecnológico no necesariamente tienen una explicación o formalización científica.

En resumen, la tecnología hace un uso heurístico de la ciencia, lo cual, se hace palpable con más notoriedad en los momentos de aplicación donde la ciencia es usada como una caja negra, como un mecanismo utilizable que no es necesario comprender. Para ejemplificar, los ingenieros civiles no deben tener presente la teoría cuántica en la construcción de un edificio; podrían inclusive conocerla, pero para sus cálculos tendrán principalmente en cuenta aspectos de la mecánica clásica y la estática, puesto que, ya saben por investigaciones y experiencias previas<sup>1</sup> que estos principios son útiles para la construcción de edificios para los propósitos establecidos, podrían realizar cálculos más precisos si dedican tiempo a investigar proposiciones descriptivas relativas a su problema o tener en cuenta los últimos avances en el conocimiento científico, pero aquí la consecución del objetivo adquiere mayor prioridad que el conocer.

Pero en la construcción de un edificio, además de principios científicos tecnificados, se usan un sin fin de heurísticas como por ejemplo la organización jerárquica de los trabajadores, una planeación basada en la legislación y costos locales, mecanismos de protección de lesiones, técnicas de diseño, estéticas arquitectónicas; y se usaran otros insumos científicos como cajas negras, composición del concreto (ciencia de materiales), flujos de cargas eléctricas, etc.

Otro ejemplo de esta situación, del que como ingeniero de sistemas testigo directo, se presenta en el campo de la inteligencia artificial. Mientras que existen técnicas que poseen una formalización matemática como lo son las máquinas de soporte vectorial existen otras

como las redes neuronales que no la poseen, aun así, estas últimas presentan mejores resultados y en menor tiempo de procesamiento para problemas como la identificación y clasificación artificial de imágenes, la traducción automática o la transcripción automática, muchas veces sin ofrecer pistas de como lo hacen. No significa lo anterior que las redes neuronales no se apoyen en las matemáticas, puesto que, justamente emplean un conjunto enlazado de funciones probabilísticas y estadísticas que le permiten obtener resultados; pero sí que para la aplicación tecnológica no se requiere de una completa integración con la ciencia.

En definitiva, prevalece la heurística debido a la consecución de objetivos. Por tanto, la tecnología es una forma de técnica fuertemente influenciada por la ciencia, pero con objetivos y aspectos diferentes de esta última, lo cual, representa una ruptura ontológica entre estas. Esta consideración nos permite abordar técnica y tecnológica como un mismo fenómeno, pero sin dejar de lado la influencia de la ciencia en la tecnología.

### **1.3. La técnica**

Hasta ahora, el concepto de heurística permitió descartar la identidad entre ciencia y técnica, otorgó algunos indicios de qué es la técnica y me permitió aclarar el concepto de tecnología. En este apartado tengo como objetivo puntualizar estos aportes y contrastarlos con las concepciones que se encuentran en la literatura acerca del concepto de técnica, que clasificó principalmente dos concepciones: el *entendimiento instrumental* y el *entendimiento sistémico*.

#### **1.3.1. El entendimiento instrumental de técnica**

La estructura de análisis medios-fines es recurrente en las caracterizaciones de la técnica en la tradición filosófica y se puede rastrear hasta Aristóteles, comúnmente conocida como teleología. Este enfoque se caracteriza por plantear que los objetos tienen una finalidad u objetivo por el cual fueron creados. Esta finalidad hace parte de cuatro causas que posee todo objeto y que son: causa material, de lo que se compone un objeto; causa formal, la forma del objeto; causa eficiente, la fuerza motriz que genera el objeto y la causa final, fin último

de la existencia del objeto (Aristóteles, *Física*, lib. II, 3, 194b trad. Calvo 1995, *Metafísica*, lib. V, 2, trad. De Echandía 1994).

Tanto las entidades naturales como artificiales responden a este esquema. Para el caso de las artificiales (producidas por la técnica) se distingue entre *medios* como aquellos aspectos necesarios para la existencia del objeto y *fin*es como los propósitos por el cual existe. Cada objeto tendrá un fin específico que puede responder a un fin posterior y todos estos fines estarán volcados en cuestiones de razón práctica. Para Aristóteles, la técnica crea una separación entre lo natural y lo artificial: lo natural tiene un propósito implícito, mientras que lo técnico obtiene ese fin de un agente externo. La técnica se sitúa entonces en el ámbito de los medios necesarios para alcanzar fines, pero excluyendo la posibilidad de definir los mismos (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, lib. I, 1, 1094a).

Esta caracterización se ha mantenido hasta nuestros días y permite inferir que la técnica es un conjunto de herramientas tangibles e intangibles que permiten alcanzar nuestros objetivos o fines. Esta consideración de la técnica se mantendrá incluso hasta la modernidad, con una sutil diferencia. La concepción moderna de la técnica se centró en los medios y dejó el aspecto teleológico a una cuestión personal, es decir, a un tema privado, asociado a deseos y no necesariamente a cuestiones de razón práctica. Pero, con independencia de esta consideración, el entendimiento instrumental plantea que los fines no pertenecen al ámbito técnico, con lo cual la técnica se convierte en un enfoque donde el contenido proviene del ámbito subjetivo en la forma de objetivos o fines.

Una versión contemporánea del entendimiento instrumental se encuentra en Lewis Mumford (1992) quien considera que en la historia de la humanidad han convivido dos formas de técnica que han entrado en conflicto: una concepción instrumentalista y una concepción sistémica<sup>8</sup>. En el caso de la instrumental, que denomina *biotécnica*, la considera tan íntimamente ligada con la humanidad que el uso de los miembros de nuestro cuerpo y principalmente el uso de la mano es un ejercicio técnico producto de la plasticidad de nuestro cerebro. Si este es el caso, el uso de nuestro cuerpo hace parte del conjunto técnico del que

---

<sup>8</sup> En este sentido podemos ubicarlo como un pensador de ambas formas de entendimiento de la técnica.

disponemos. Lo cual parece indicar que nuestro contacto con el mundo es en su mayoría una cuestión técnica.

El acceso a nuestra realidad está mediado por la técnica, lo cual, además de abrumador nos lleva a pensar que, ciertamente, lo técnico no está en los utensilios o artefactos, sino que corresponde al estadio psicológico o al enfoque que permite inventar y usar estos artefactos. Por lo tanto, lo técnico no es algo propio de los objetos, sino una forma de relación sujeto-objeto donde el objeto puede ser un elemento del entorno, otras personas o nosotros mismos<sup>9</sup>.

Esto lleva a pensar que la técnica no corresponde a los artefactos como pretende la creencia popular denominada artefactual (González García, López Cerezo, & Luján López, 2004), sino la disposición humana para su diseño y uso. Friedrich Dessauer (2004) plantea una analogía que permite entender mejor esta idea: pensar en la técnica como producción de artefactos es como pensar que la esencia de la poesía está en las copias impresas de un poema. Por tanto y de acuerdo Dessauer (2004) si realmente queremos referirnos a lo característico de la técnica debemos pensar en la invención, siendo esta un ordenamiento de las fuerzas naturales para producir algo que no está presente en la naturaleza con el objetivo de satisfacer o crear una necesidad.

Para Dessauer (2004), aunque la invención no es un proceso lógico formal, si responde a leyes naturales que, al ser ordenadas de una forma específica por el inventor, satisfacen un fin. Estos planteamientos están en consonancia con el concepto de heurística, pues la técnica no es para él un proceso lógico formal, sino que la creatividad y el descubrimiento juegan un papel fundamental. Sin embargo, no considero que se trate únicamente de un ordenamiento de las leyes naturales. La invención tiene un carácter mucho más amplio en tanto puede crear mecanismos que ordenan o integran leyes naturales con aspectos sociales, simbólicos, afectivos, etc.

---

<sup>9</sup> Don Ihde (2004) plantea una idea similar, al mostrar que la técnica es un medio para relacionarnos con nuestro mundo al punto que encarnizamos los objetos que usamos, es decir, los empleamos como si se trataran de partes o extensiones de nuestro cuerpo. En este mismo plano se debe entender que los objetos no son diseñados como entidades autónomas, sino que justamente involucran el uso humano como parte de su funcionamiento y es así como cumplen su función y podemos medir su efectividad.

El horizonte de la invención es el uso o la funcionalidad, que permita que un usuario posterior realice una labor de forma simplificada. La invención involucra la creatividad, la experiencia y el conocimiento de las necesidades de los usuarios, los propósitos del inventor y el aumento de las capacidades que otorgan los artefactos construidos. El entendimiento instrumental muestra que uso e invención son entonces los aspectos que evidencian ese rasgo psicológico de relacionarse con el mundo tan característicos de los seres humanos, con el que se busca realizar un objetivo con la mayor efectividad posible y que al que denominamos técnica<sup>10</sup>.

Pese a lo anterior, la principal crítica que recibe la versión instrumental es que admite una supuesta inocencia de la técnica: las armas no matan, matan las personas. Según esta argumentación, el entendimiento instrumental asume una neutralidad de la técnica que da vía libre a cualquier desarrollo técnico. Mi posición es que el entendimiento instrumental sigue siendo válido pese a este argumento, pero primero trataré de mostrar con más detalle la posición del entendimiento sistémico que es de donde proviene la crítica a la que me refiero.

### ***1.3.2. El entendimiento sistémico de la técnica***

El entendimiento sistémico de la técnica se ha presentado, generalmente en la literatura, como una crítica a la neutralidad del entendimiento instrumental de la técnica. Esta crítica rechaza teorizar la técnica como objetos aislados, como una característica de pensamiento o como un proceso; y se enfoca en su manifestación holística en la sociedad, es decir, como el suceso que nos afecta en la vida diaria. Se pasa de una comprensión objeto-sujeto a una comprensión de objetos interrelacionados que forman un sistema, que a su vez se engrana con la sociedad. En este sentido, lo característico de la técnica está en la posibilidad real que ha tenido de manifestarse como un conjunto de interrelaciones entre objetos técnicos y con el entorno en donde aparecen. Veamos algunas de estas definiciones.

---

<sup>10</sup> Se podría insertar una distinción entre lo técnico y la técnica. Mientras que la técnica corresponde al conjunto de artefactos y métodos, lo técnico es el estadio psicológico o la disposición psicológica inherente a los seres humanos para el uso e invención de objetos. Mientras que la versión instrumental de la técnica se refiere a lo técnico, la versión sistémica (como se verá más adelante) describe la técnica.

Yves Goffi (1988) ha establecido una serie de criterios para determinar si una entidad es técnica: de carácter material o inmaterial, esencialmente social y por lo tanto adquirida, que tiene por objetivo establecer una barrera protectora para el hombre de su medio y por último que se organiza en forma de sistema con otras actividades de igual naturaleza <sup>11</sup>. Como ejemplo ilustrativo Goffi (1988) nos invita a examinar nuestro sistema inmune: Evidentemente se trata de un sistema, adicionalmente crea una barrera entre el entorno y los seres humanos, pero al no ser un producto social no es técnica.

Por su parte, Mumford (2004, p. 104), quien como ya presentamos distingue dos formas de entender la técnica, plantea que la versión sistemática de la técnica, que corresponde con su concepto de mega-máquina, tiene como característica principal la coordinación<sup>12</sup>. Coordinar implica que hombres, animales, materiales y herramientas trabajen en la búsqueda de un propósito que una sola persona no podría realizar. Por consiguiente, la técnica sistémica o mega-máquina se configura en la forma de un sistema intrincado en la sociedad en la que se dispone de diferentes partes para la consecución de fines.

Tanto Goffi (1988) como Mumford (2004) se preocupan por destacar dos aspectos de la técnica: la configuración en forma de sistema y sus consecuencias sociales, sus efectos. Sin embargo, describir es diferente de caracterizar y si se trata caracterizar a la técnica debemos encontrar un aspecto subyacente que produce esta organización sistémica y social. Por esto, aunque las apreciaciones del entendimiento sistémico son acertadas, presentan dificultades para distinguir la técnica de otros aspectos. Por ejemplo, la coordinación no

---

<sup>11</sup> Estos criterios los formuló Goffi (1988) usando como referencia a los Nimbawara pueblo que es descrito por Levi-Strauss en *Tristes Trópicos* (2011). De acuerdo con la lectura de Goffi, Lévi-Strauss creyó encontrar en los Nimbawara un pueblo sin técnica. Sin embargo, lo que encontró fue justamente lo contrario. Los Nimbawara poseían un complejo sistema técnico que incluía técnicas de caza, siembra, calendario, medicinas, entre otros. Los cuales se encontraban vinculados con aspectos simbólicos que les permitían sobreponerse a las condiciones naturales. Goffi no realiza una diferencia explícita de la técnica moderna y la antigua y parece sugerir que sus criterios aplican para la técnica en general, que tiene la misma edad del hombre y que como puede verse en el caso de los Nimbawara siempre se presenta en forma de sistema y en una estrecha relación con otros ámbitos humanos.

<sup>12</sup> Esto permite que difiera notablemente de la biotécnica puesto que en búsqueda de la coordinación muchas veces recurrirá al control, lo que tiene consecuencias en la condición humana y en la cultura. En el caso de la condición humana la mega-máquina ha generado que la técnica se asocie al concepto de trabajo, con lo cual se da un paso desde una técnica centrada en el hombre (biotécnica o instrumental) a una técnica centrada en el sistema (mega-máquina) donde prima el carácter dominador. Este carácter dominador es el que permite que otros ámbitos humanos sean eclipsados por la técnica.

establece un criterio claro para distinguir entre sociedad y técnica, si nos atenemos a esta como criterio tendríamos que aceptar que técnica y sociedad son lo mismo<sup>13</sup>. A diferencia de ellos, Ellul (2003), quien lo enmarco dentro de la concepción sistémica, sí establece un aspecto característico para la técnica.

Para Ellul (2003), la técnica tiene un carácter sistémico como resultado de sus continuas comparaciones de efectividad: *la mejor opción posible*. Al entender la técnica como una disposición a la búsqueda de la *mejor opción posible*, entrará en conflicto con cualquier aspecto con el que se relacione. Si estos aspectos no responden a su disposición a la efectividad o si no puede evaluarlos en un cálculo estadístico serán descartados y remplazados, o reinterpretados. De esta forma, cualquier interrelación que tenga la técnica con cualquier ámbito social terminara por afectarlo, reduciéndolo a sus términos de modo que pueda medirse para la maximización de beneficios. Un enfoque como este genera a largo plazo la constitución de un sistema fundamentado en la efectividad, en otras palabras, la técnica ira tecnificando a cualquier aspecto circundante<sup>14</sup>.

Lo anterior corresponde a un proceso histórico en el que ha devenido la sociedad occidental y que es descrito por Ellul en *La edad de la técnica* (2003) como una continua tecnificación por el que ha pasado la religión, la política, el arte, el deporte, etc. De la que, aparentemente, no podemos escapar. Debido a lo anterior, Ellul (2003) se concentra en las relaciones que establece la técnica y en su entendimiento holístico, es decir, en sus dimensiones, en su característica presencia en todos los aspectos de la vida. Conforme a su interpretación hacer lo contrario es equivocado y peligroso. Por ello, aunque Ellul (2003) plantea una característica de la técnica en la que coincide con la interpretación instrumental,

---

<sup>13</sup> Problema que ya se evidenció en el entendimiento de la relación entre ciencia y técnica como identidad.

<sup>14</sup> Reflejos de este entendimiento lo encontramos por ejemplo en los estudios sociales de la ciencia, donde enfoques como la Teoría del actor-red, planteada por Bruno Latour y Michel Callon, proponen que para realizar un análisis apropiado de la sociedad contemporánea debemos tener en cuenta las relaciones que se forman entre los agentes, pero los agentes no son solo los seres humanos, sino que también deben involucrarse artefactos, animales, fórmulas matemáticas, métodos, edificios, etc. De acuerdo con Latour (2008) este cambio puede develar la influencia de algunos aspectos de índole científica y tecnológica que generalmente escapaban de los análisis tradicionales de la sociedad. Este esquema de análisis que ha tenido bastante éxito en el campo de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología es una muestra de un entendimiento sistemático de la sociedad moderna donde la técnica se ha convertido en un factor de influencia de las sociedades dado que el concepto de agencia ha pasado desde las personas a los objetos.

le preocupan más las consecuencias sociales que tiene la técnica, es decir, prefiere entender su manifestación como sistema, motivado por la preocupación ética ante la posibilidad de considerar a la técnica como neutral; tratarla como sistema es preferible pues permite ponernos alerta ante sus peligros.

De acuerdo con la postura que venimos tratando, un entendimiento sistémico es preferible porque puede mostrarnos cómo se emplea la técnica para dominar, de qué manera los desarrollos técnicos influyen sobre la libertad de las personas, cómo la organización en forma de mega-máquina exige de los seres humanos principalmente su trabajo y niega los aspectos subjetivos a favor del cálculo de efectividad. Pero, que esta interpretación sea preferible no la hace acertada y aunque no desconozco que estas intuiciones se acercan a la realidad, si conllevan a un determinismo tecnológico que considero equivocado, presentan a la técnica como un destino al que no podemos renunciar y que es tan peligroso como creer en la neutralidad de la técnica.

Finalizando este apartado, los pensadores que entienden a la técnica como un sistema plantean que la técnica se trata de una relación entre objetos o si se quiere entre objetos y sujetos, que tejen entre ellos dependencias y que con la aparición de nuevos participantes se afecta en mayor o menor medida el sistema en el que están inmersos. Sin embargo, incurren en una confusión, en tanto describen el estado de las cosas actual y no las causas de ese estado de cosas, describiendo la sociedad contemporánea y no la técnica. En el caso de Ellul el principio de eficiencia es adecuado y compatible con la versión instrumental que antes he defendido; sin embargo, las consecuencias que tiene este principio en su interpretación las considero un error, la técnica no ofrece ningún contenido y el principio de eficiencia es solo un aspecto formal que no posee la capacidad de sustituir a un ámbito social al no poseer un contenido intrínseco, la eficiencia siempre tiene un propósito, un objetivo que conseguir, no se puede ser eficiente en el vacío. Profundizo esta crítica a continuación.

### ***1.3.3. Un entendimiento apropiado del concepto de técnica***

Considero que el entendimiento instrumental no niega la existencia de sistemas técnicos y, por lo tanto, no niega las consideraciones del entendimiento sistémico. Sin embargo, sí nos permite entender que lo característico de la técnica no está en los objetos

técnicos ni en la organización social, sino que corresponde a un estadio psicológico para la consecución de fines, es decir, un enfoque ante la realidad. Un sistema es una manifestación social, por tanto, el entendimiento sistémico caracteriza a la sociedad, a una parte de la sociedad o un tipo de sociedad cuando lo que pretende es caracterizar a la técnica. Aun así, el entendimiento sistémico es acertado al indicar que la técnica no es neutral, pero estas ideas no son incompatibles con un entendimiento instrumental como pretenden sus críticos.

Mientras que el entendimiento sistémico rápidamente se identifica con un contenido: la dominación o la negación de la libertad; el instrumental niega que exista un contenido fijo en la técnica. Este contenido se convierte en una variable que depende del usuario, el inventor o la sociedad que la implementa. En este sentido, no limita lo que la técnica puede generar en otros ámbitos, manteniendo la posibilidad de ser juzgada, es decir, una técnica puede ser injusta, bella o buena además de eficiente o ineficiente. Por consiguiente, la dominación técnica se convierte en un aspecto superable, así como el desarrollo técnico no genera necesariamente una mejora moral como se pretende con la idea de progreso.

Al no desconocer la vinculación entre fines y técnica, el entendimiento instrumental permite plantear que la técnica siempre materializa o encarna fines. Los productos técnicos son como dados cargados que pueden favorecer a algunos participantes de un juego. Un ejemplo que ilustra claramente esta idea es el planteado por Langdon Winner (1987, p. 29) quien muestra cómo los puentes de Long Island, construidos por el maestro constructor de caminos Robert Moses, poseen una altura inferior a la habitual con el objetivo de impedir el paso de los buses y con esto evitar que las personas de clases bajas, principalmente afroamericanos, pudieran acceder a Jones Beach. Ateniéndonos a este ejemplo, la técnica le permitió a Moses encarnar sus inclinaciones clasistas y racistas en un artefacto técnico. Por su parte, el llamado “*Transborder immigrant tool*” es un teléfono reciclado desarrollado por el colectivo *Electronic Disturbance Theater* para ayudar a los inmigrantes a cruzar de forma segura la frontera entre México y el sur de California mediante georreferenciación (Schreibman, Siemens, & Unsworth, 2016, p. 203) encarnando un rechazo a las leyes migratorias estadounidenses en una clara politización, lo que podríamos decir va políticamente en contra de las pretensiones de Moses.

En síntesis, un entendimiento instrumental no condiciona el contenido de la técnica ni evita que esta pueda ser juzgada, tampoco niega que la técnica como producto tenga un impacto social o encarne una posición. Por supuesto, se puede entender la realidad mediante un esquema holístico, pero con este enfoque difícilmente podremos distinguir entre técnica y sociedad. En otras palabras, concebir a la técnica como un todo intrincado con la sociedad puede satanizar a toda posibilidad técnica cuando quizás solo estamos en contra de una forma de emplear la técnica o de una organización social específica y los productos técnicos que le corresponden.

El esquema instrumental responde mejor a lo que puede denominarse técnica. Una vez superado el esquema artefactual podemos entender que la técnica es realmente un estadio psicológico o un enfoque con el que reordenamos la realidad con el fin de transformarla de acuerdo con un conjunto de intereses o creencias individuales o colectivas. En el caso de la técnica moderna o tecnología, esta se apoya principalmente en la ciencia; lo cual no implica que técnica y ciencia sean lo mismo, como tampoco son lo mismo técnica y sociedad.

Las argumentaciones hasta aquí presentadas me permiten mostrar cómo y porqué la técnica no puede ocupar el papel de la política. Como he afirmado, la técnica encarna aspectos de otros ámbitos y uno de ellos puede ser la política, por lo tanto, cualquier aspecto político puede manifestarse en la forma de técnica. Sin embargo, esto no implica que la política haya sido desplazada o reducida, la técnica y sus productos son la forma en que se materializa en el mundo, por lo cual, la política sigue presente. Una tesis que proponga que la técnica puede remplazar a la política solo es defendible desde una visión sistémica de la técnica bajo la premisa de que la efectividad puede remplazar el contenido político. Como ya he argumentado, la efectividad no implica un contenido, sino que lo recibe. Sin embargo, considero necesario abordar el tema del contenido en política, para esto es necesario recordar algunas nociones de filosofía política, principalmente el concepto de *lo político* asociado al concepto de conflicto.

## Capítulo II.

### Un concepto de política

El descubrimiento de la radioactividad es importante para la física porque permitió ahondar en el comportamiento de las partículas atómicas. Ese descubrimiento se dio en algunos elementos químicos en condiciones de inestabilidad, pero ha permitido explicar con éxito muchos fenómenos tanto a nivel atómico como a nivel cósmico. Si deseo demostrar que la política es irreductible a la técnica, debería encontrar un principio subyacente a todos los fenómenos políticos, es decir, un equivalente a la radioactividad en la explicación política.

El concepto de conflicto ha permitido explicar en profundidad muchos fenómenos de nuestras sociedades que tradicionalmente asociamos a la política, lo jurídico o lo estatal. Este paradigma explicativo permite reinterpretar aspectos como las leyes, los partidos políticos, el multiculturalismo, la democracia o cualquier régimen. No como algo establecido, deseable o verdadero; sino como el resultado de la contingencia característica de la sociedad. Al hablar de lo político como conflicto se enfatiza en el aspecto irreductible de la política en tanto lo interpreta como una lucha por el sentido donde lo científico no puede ofrecer contenido y lo técnico cumple únicamente el papel de materializar ese sentido. Tal como en el capítulo anterior con la técnica, aquí el objetivo es mostrar lo característico en aquello que llamamos política.

#### 2.1. La política y lo político

Carl Schmitt (2009a) ha planteado al antagonismo como el aspecto esencial de lo *político*, es decir, lo sitúa como la característica subyacente a todos los fenómenos que llamamos *política*, entre los que podemos destacar al Estado. De acuerdo con esto, Schmitt diferencia entre lo *político* como el aspecto inherente a las sociedades que da origen a la *política*, y a esta última como los aspectos cristalizados y temporales de esa contingencia que se manifiestan en la forma de regímenes e instituciones en un periodo histórico determinado. De acuerdo con ello, el criterio propio de lo político es el antagonismo o la distinción entre amigos y enemigos que se da en un ámbito público.

Mientras que el concepto de amigo corresponde a una maximización de la solidaridad interna que permite la cohesión de un grupo, el concepto de enemigo corresponde al de un *otro* radicalmente diferente que se opone a la forma de vida de mi grupo. Mientras que con el amigo se zanján diferencias debido a la naturaleza reconciliable de estos conflictos, con el enemigo la diferenciación es de tal intensidad que el conflicto no puede ser mediado en tanto implica una oposición existencial a mi forma de vida, lo cual implica que ese *otro* debe ser rechazado públicamente o combatido. En palabras de Schmitt (2009a) “Simplemente es el otro, el extraño, y para determinar su esencia basta que sea existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intensivo” (p. 7)

Los planteamientos de Schmitt pueden entenderse como una renuncia a conceptualizar la política restringida a un régimen dado o como un aspecto prescriptivo que evitan cualquier dependencia a un contexto o ámbito específico. Se enfoca en lo característico del fenómeno político, con lo cual adquiere una capacidad explicativa que bien podría considerarse transversal a la historia. La distinción entre la política y lo político contrapone institucionalidad y contingencia, en una relación dialéctica de consolidación y subversión cuyo motor es el antagonismo.

El antagonismo adquiere formas variadas que van desde la dominación hasta la posibilidad de guerra y la guerra explícita de modo que se relaciona directamente con el ejercicio de poder. Esta es justamente la razón por la que se considera a Schmitt como un pensador de la política como conflicto (González, 2014, p. 63). Sin embargo, esta consideración no es aislada y se realiza casi siempre en oposición a los denominados pensadores de la política como consenso como Hannah Arendt, John Rawls y Jürgen Habermas.

A continuación, explicaré porqué considero que en la explicación política existe un predominio del conflicto, y que resulta interesante porque nos muestra que el conflicto siempre estuvo escondido a plena vista en la historia de la filosofía sin que se le considerara política, aunque reconociendo su estrecha relación con ella.

## 2.2. La política como consenso: la solución a un conflicto

Si se quiere establecer una diferencia entre los pensadores de la política como consenso y los pensadores de la política como conflicto resultaría inocente considerar que los pensadores del consenso niegan la presencia del conflicto en la sociedad. Así lo manifiesta Delfín Grueso (2008) cuando señala que, en el caso de Rawls,

Aunque Rawls no subscriba a la concepción de la política como oposición (que en buena parte a lo que se refiere aquello de huir de la política y refugiarse en la moralidad y el consenso), ello no equivale a afirmar que el consenso sea el punto de partida de la política. Todo lo contrario, es la oposición que ya se vive en la sociedad, la que justifica el juego de la política (Grueso, 2008, p. 81)

Rawls ni otros pensadores consensualistas consideran que existan sociedades ausentes de conflicto (Arendt, 1997, p. 50; Habermas, 1999; Rawls, 2002). Su desacuerdo con los pensadores conflictivistas radica en el papel que toma la política frente al conflicto social. Mientras que para pensadores conflictivistas la política viene a estar fundamentada en ese conflicto inherente de la sociedad siendo, por tanto, una continuación de este; para los consensualistas, la política es la solución de este conflicto. Por lo cual, la política corresponde a un momento en que las sociedades han superado, superan o pueden superar mediante estrategias racionales sus conflictos.

Entendida de esta forma, la política se convierte (con sus matices) en procesos de socialización, interlocución y debate ante otros en un espacio público en el que se busca garantizar la libre e igualitaria participación de todos los miembros de una sociedad. Todo esto con el único objetivo de establecer un orden racional ante el caos contingente del conflicto congénito de las sociedades. De esta forma, gracias a los acuerdos producidos en dichos procesos se generan instituciones que buscan garantizar la inclusión de quienes pueden verse afectados por un estado de cosas actual injusto, así como la continuación del espacio discursivo.

Los matices de este entendimiento son muchos: una estrategia formal de interacción donde prevalece una disposición a la neutralidad (Rawls, 2002), garantías de igual participación y la argumentación como mecanismo para la búsqueda de acuerdos (Habermas, 1999) o la garantía ética de la libertad e igualdad como posibilidad del ejercicio político o (Arendt, 1997, p. 69). Todos estos matices poseen fuertes aspectos prescriptivos en tanto

requieren de condicionamientos éticos para la sociedad como la libertad o la igualdad (ausencia de dominación) de sus participantes, pero a su vez, en aspectos descriptivos, en tanto, reconocen el conflicto y los mecanismos que ya se emplean en su solución (la argumentación, la interacción, el ágora). Consiguientemente, se enfocan en la unión antes que la división, planteando que la política se hace entre *los diversos* con la posibilidad de incluir a *todos*, en un *infinitum* posible de inclusión. Es decir, plantean como horizonte la posible inclusión de toda la sociedad, bosquejando la posibilidad de finalización de todo conflicto. Los pensadores del consenso, precedentes a los conflictivistas, no desconocen el conflicto, sino que lo dan por sentado, lo entienden como un componente de nuestras sociedades y como el problema característico de la política, el *trabajo por hacer*.

Continuando con la analogía de la radiactividad. Los átomos de diferentes elementos siempre fueron radiactivos en mayor o menor grado. Su descubrimiento no hizo aparecer algo nuevo en el mundo, solo nos permitió entender mejor muchos fenómenos. Lo mismo nos sucede con el entendimiento del conflicto, ha sido descrito por los consensualistas en los extramuros de la política, pero muy cerca, adyacente a la frontera.

### **2.3. La política como dominación: un conflicto por otro**

Para hablar de pensadores del conflicto es necesario realizar una distinción entre los pensadores que piensan la política como dominación y los que ven en el conflicto un aspecto explicativo de todos los fenómenos políticos. La diferencia que podría parecer sutil es profunda. Los primeros ven en la dominación materializada en un contrato o en el Estado como la forma de solucionar el conflicto propio de la sociedad al que consideran un aspecto pre-político. Por su parte, los pensadores del conflicto (todos posteriores a Schmitt) consideran al conflicto como el aspecto político primordial, germen y sostén de cualquier institución.

En *El Leviatán*, Hobbes (1651/2016) explica que las diferencias físicas entre los seres humanos, ya sean ventajas o desventajas, quedan suprimidas si tenemos en cuenta el hecho de que cualquier hombre puede ser derrotado mediante engaños y trampas, o por la asociación de otros hombres en su contra. De estas diferencias surge la constante amenaza para todo ser humano, que ve peligrar sus posesiones y su vida ante la capacidad de otros de arrebatarlo.

Lo anterior genera una situación de desconfianza o un estado de guerra constante que es el origen de la dominación.

La dominación le permite a una de las partes de la sociedad garantizar su prevalencia sobre otros posibles oponentes y anticipar, mediante el uso de la fuerza, la posibilidad de ser atacado por otro. Sin embargo, ante esta situación pre-política los hombres hacen un acuerdo sobre quién debe ejercer la dominación absoluta para evitar la guerra. En otras palabras, estos seres pre-políticos en un instante de racionalidad acuerdan quién tendrá el monopolio legítimo de la fuerza a través de la constitución de un pacto. El pacto y lo que deviene de él se convierte entonces en la política y el ejercicio político queda caracterizado por el uso de la fuerza contractual que evita la guerra constante.

Para Hobbes el objetivo de la política es entonces la búsqueda de un orden racional mediante el empleo de la dominación. En este aspecto el propósito de la política es el mismo de los consensualistas, pero sin ningún compromiso ético. Al igual que con los pensadores consensualistas, el conflicto está en relación directa con la política, es el *trabajo por hacer*, el problema propio de la política, pero no es la política. El conflicto es el sustrato del acuerdo político. Sin embargo, para Hobbes no es lo político: lo político es la garantía del orden. La paz emana del acuerdo que se materializa en el Estado. La herencia de Hobbes tiene repercusiones en autores posteriores como Max Weber (1979), quien a partir de la idea de Estado y teniendo como fondo las sociedades seculares, realiza una reflexión acerca del concepto de política. Pero, para esto debemos ver algunos conceptos en los que se fundamenta.

La interpretación sociológica de Weber (1979, p. 216) del concepto de bien renuncia a consideraciones religiosas, morales o éticas. Según esta interpretación, el bien no es algo que se pueda conocer y o de la cual se pueda garantizar su realización (en la búsqueda de generar bien los hombres pueden realizar el mal). Desde esta perspectiva, el bien solo puede corresponder al conjunto de convicciones del orden de lo simbólico que los grupos sociales y los individuos poseen y a los que les otorgan valor en sus vidas. A esto lo denomina: politeísmo.

Estas convicciones corresponden a una búsqueda o manifestación de un sentido y suelen estar en conflicto entre ellas. Muchas veces están fuertemente ligadas a la política,

aunque no sean política. Esto debido a que, los fines de estas convicciones son múltiples y no se enfocan únicamente en la política, aunque sí motivan la búsqueda del poder político. Es decir, este politeísmo no solo afecta a la política, sino también a otros ámbitos de la sociedad, por lo que no es un aspecto característico del fenómeno político. Por tanto, para Weber (1979), lo que sí es propio de la política es el empleo de un medio específico: el Estado, que legitima mediante la violencia (ya sea espiritual o física), lo que aquel que ha tomado el poder considere que es bueno conforme a sus convicciones. Esta correspondencia entre el poder del Estado y el ideal escogido (hasta cierto punto arbitrario, contingente o, si se quiere, determinado por aspectos biográficos del líder) implica la represión de formas opuestas de entender la realidad, mediante la dominación o la aniquilación, y permite la difusión de los valores del grupo dominante en de una sociedad.

En el marco de esta teoría, lo pre-político se entiende como una sociedad con diferentes identidades, que se encuentran en conflicto como producto de su diversidad. Es a partir de esta situación que surge para Weber (1979) el ejercicio de la política, que para él consiste en el *uso* de un instrumento: el Estado. Este particular instrumento político permite ejercer la violencia legítima y cualquiera otra fuente de represión diferente a la del Estado pasa a considerarse, *ipso facto*, como ilegítima. Aunque Weber (1979) desvía la mirada a lo estatal vemos que el sustrato de sus análisis sigue siendo el conflicto —que conceptualiza como politeísmo o pluralismo— y aunque no le asigne a este un carácter político, sí lo considera el motivador del ejercicio político.

Todos estos aspectos que Weber (1979) denomina politeísmo manifiestan lo que Javier Franzé (2014) llama una lucha por el sentido propia de lo político. Estas luchas presentes en el discurso se componen mayormente de aspectos simbólicos y pueden tomar la forma de aspectos religiosos, nacionalismos o conciencia de clase y se desvinculan por completo de cualquier conocimiento científico. Pueden apoyarse en la técnica para materializarse en el mundo, pero no son técnica como se explicó anteriormente. Algunas de estas luchas por el sentido pueden presentarse en la forma de una ciencia o técnica de lo político como ocurre con la idea de progreso, pero se trata de un encubrimiento del aspecto simbólico que presenta a la neutralidad como aspecto discursivo. En el último capítulo

exploraré este aspecto en profundidad. Por ahora me interesa hablar sobre cómo estas luchas por el sentido se convierten en los aspectos que llevan a la política.

El entendimiento de la política como dominación plantea un esquema común: ante unas condiciones sociales caracterizadas por un conflicto inherente, surge una solución: la dominación como solución al conflicto. En este sentido, hacer política es acabar o minimizar el conflicto mediante el uso de la fuerza, una fuerza que es superior a cualquier otra, fundamentada en una legitimidad que debería ser capaz de mantener el orden. Todos estos autores entienden como conflicto a las condiciones inherentes de la sociedad, pero como ya se mostró este es un rasgo común con los pensadores del consenso. Se debe entonces precisar y decir que entienden el ejercicio de la política como un tipo de conflicto: la dominación, anclada en un acuerdo legal o un contrato, dominación consensuada como lo señala Grueso (s/f).

Hobbes, Weber y otros pensadores no mencionados como Maquiavelo, son considerados pensadores del conflicto porque sustituyen un conflicto social azaroso y contingente por un tipo específico de conflicto: la dominación. Tipo de conflicto que consideran ordenado, encausado en la búsqueda de fines y racional, quizá por lo cual es preferible. Sin embargo, considero que estos no agotan a los pensadores del conflicto y como ya lo he dejado ver el arquetipo teórico aquí es Schmitt, pero las reflexiones del alemán no dejan de ser el inicio de una nutrida reflexión que dinamiza incluso el concepto de democracia.

## **2.4. Lo político como conflicto: aspecto transversal**

Para Schmitt, lo subyacente a la política es el conflicto y el Estado solo es una manifestación del mismo. En efecto, realiza un cambio lingüístico al hablar de lo *político* y no de la *política*. Para este pensador, lo político es la división amigo-enemigo, realizada por un grupo de sujetos al constituir una homogeneidad bajo el concepto de amigo e identificando a un *otro* existencial que se opone a su forma de vida, al que se le denomina enemigo. Separando, de esta forma, un nosotros de un ellos, al tiempo que se establece como propósito la búsqueda de ese otro para eliminarlo o neutralizarlo. Es por esto que para el jurista alemán un fenómeno social que caracteriza de mejor manera lo *político* es la guerra.

El Estado es el resultado del establecimiento una homogeneidad a partir de la aniquilación o neutralización del enemigo, pero él mismo no es el fin del conflicto, sino una herramienta para mantener una uniformidad mínima que permita que las disputas puedan ser tratadas sin recurrir a la guerra. Sin embargo, el conflicto sigue latente, dándole sustento a la unidad conformada y manteniendo la posibilidad de reconfigurar los antagonismos. Esta diferenciación entre Estado y política es el principal aporte a la comprensión de lo político realizado por Schmitt. Una de sus frases lo explica mejor:

Supongamos que en el dominio de lo moral la distinción última es la del bien y del mal, que en lo estético lo es la de lo bello y lo feo; en lo económico la de lo beneficioso o lo perjudicial, o tal vez la de lo rentable y lo no rentable. El problema es si existe alguna distinción específica, comparable a estas otras, aunque, claro está, no de la misma o parecida naturaleza, independiente de ellas, autónoma y que se imponga por sí misma como criterio mismo de lo político [...] Pues bien, la distinción política específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción amigo y enemigo (Schmitt, 2009a, p. 57)

La existencia de este criterio propio de lo político, permite separarlo de otros ámbitos y, principalmente, distinguirlo de lo estatal. Pretender que lo estatal corresponde a lo político sería como pensar que lo estético se abarca con el arte. El Estado es como una jaula donde se intenta contener a lo político, pero esto no es posible, pues el Estado es un producto del conflicto y su legitimidad se la otorga el criterio amigo-enemigo.

Existen algunos ámbitos de los cuales lo político se alimenta, se crean identidades y se homogeniza creando una distinción entre grupos humanos, algunas pueden ser mediadas o negociadas, pero otras generan la ruptura característica de lo político. Sin duda, no hay un ser humano igual a otro, pero la política logra su labor justo porque homogeniza mediante la creación de identidades como nacionalidades, partidos políticos, regionalismos, clases, géneros o razas y les da un carácter público. Estas realidades que ven su nacimiento en la política y, en ocasiones, no poseen un referente empírico fácilmente identificable, se construyen entre individuos con una historia común o a pesar de la existencia de tradiciones

culturales diferentes; pero son puntos de quiebre o de unidad tan fuertes que llegan incluso a generar instituciones tan poderosas como los Estados<sup>15</sup>.

A diferencia de todos los pensadores anteriores, el planteamiento de Schmitt integra de forma efectiva los momentos institucionales y los pre-institucionales, por lo cual su dominio explicativo es mayor al de teóricos anteriores en tanto no se limita a momentos históricos o regímenes dados, sino que en su estructura explica la contingencia de lo político, los momentos institucionales o estatales y los momentos de ruptura. Para Schmitt existe lo político incluso sin que exista un Estado o una legislación, aspectos antes considerados pre-políticos (como en los consensualistas o los que entienden la política como dominación) por la teoría política pasan a ser lo característico. En este sentido el conflicto es transversal, es a la vez problema y solución.

## 2.5. Ampliando el concepto de lo político como conflicto

El conflicto es el resultado de las diferencias sociales (pluralismo). Esta es una realidad de nuestras sociedades y puede manifestarse de diferentes formas: dominación estatal, rebelión, protesta, guerra, etc. Sin embargo, las sociedades se sostienen a pesar de sus conflictos internos, gracias a la institucionalidad, que es posible por aquello que Rawls (2002) denomina un consenso superpuesto (*overlapping consensus*). Esta, considero, es la dinámica en la que se encuentra inmersa la política.

Étienne Balibar (2014) apela a esta dualidad, conflicto e institución, para mostrar cómo la democracia puede manejar conflicto y consenso en su interior en una aparente contradicción, pero no tarda en extenderlo a cualquier régimen político. Todo régimen requiere reafirmarse constantemente ante sus contrapoderes debido a la inquebrantable latencia de las diferencias. Los contrapoderes son todas esas diferencias que superan la homogeneidad y se manifiestan como posiciones constituyentes, es decir, que pueden

---

<sup>15</sup> En este sentido el multiculturalismo sería una de los ejemplos más claros de las posibilidades de lo político al unir en un Estado a personas con tradiciones culturales completamente disímiles, por supuesto, en una constante tensión.

sustituir a un régimen institucionalizado. En este sentido, si un régimen quiere mantenerse debe anticipar estos contrapoderes y si estos se consolidan, debe combatirlos.

El conflicto tiene una amplia gama de manifestaciones, desde las diferencias que se regulan mediante el debate o mecanismos racionales<sup>16</sup> hasta los que se someten mediante la represión o los que llegan a subvertir el orden establecido. Según esta óptica, la neutralización absoluta del conflicto es una ilusión, ya sea por la vía de la dominación o por la vía racionalista. La institucionalidad requiere constantemente de una contra-violencia que sea capaz de anticipar posiciones capaces de refundar la política o lo establecido. En este sentido, se mantiene en conflicto como Estado y a su vez su sociedad contiene el caldo de cultivo para un nuevo régimen.

Esta noción de dualidad tiene gran carácter explicativo debido a que no posee restricciones deontológicas más características de las posiciones consensualistas (sin excluirlas), y no niega la institucionalidad ni su capacidad de reafirmarse ante el conflicto. Resulta entonces en una conceptualización dinámica en correspondencia a la dinámica de lo político. Como ya se ha presentado, nos permite distinguir entonces entre la política y lo político, y enmarcarlo en un mismo esquema. La política es un orden históricamente dado mientras que lo político corresponde a las fuerzas fundacionales o constituyentes que provienen desde la contingencia de las diferencias.

Lo político forma identidades y antagonistas, es decir, construye sentido a partir de aspectos del orden de lo simbólico; mientras que la política luego de institucionalizarse busca que su orden prevalezca justificando, legitimando, vitrificando al presentarse como necesario (Franzé, 2014). Esta es la eterna tragedia de lo político, un eterno ir y venir que en el mejor de los casos amplía su horizonte al volverse más inclusivo o más justo, y en el peor de los casos implica construir y destruir, volver a comenzar continuamente. Pero quien mantiene esta dinámica es justamente el conflicto que se entiende como una lucha por el sentido. Esa constante lucha por el sentido que es inherente a los grupos humanos es el aspecto político característico y no es reductible ni interpretable en términos de ciencia y técnica.

---

<sup>16</sup> Como lo conceptualizan Rawls y Habermas.

Independientemente de cómo interpretamos lo político, la teorización política ha establecido una estrecha relación entre política, conflicto y lucha por el sentido. Es por eso que en este capítulo me he encargado de destacar este aspecto en los autores presentados y es justamente este recurso el que permite que lo político no pueda ser neutralizado o tecnificado.

Al diferenciar entre la *política* como la forma cristalizada de un aspecto subyacente de lo *político*, podemos entender que la *política* es susceptible de ser encausada en una forma de cientificismo o tecnicismo que rechace cualquiera otra postura por considerarla errónea, subjetiva o supersticiosa. Esto se debe a que la *política* es un momento de construcción o constitución de instituciones donde lo técnico hace su aparición con mayor énfasis en tanto un régimen político requiere de artefactos, procedimientos o estándares que materialicen sus propósitos y donde los regímenes objetividad son el aspecto primordial por el que se juzga toda acción. Sin embargo, este enfoque técnico que se adquiere durante los momentos de institucionalidad es el resultado de un aspecto simbólico subyacente, del cual provienen los objetivos para las empresas técnicas. En este sentido, el rechazo de los aspectos simbólicos mediante un régimen de objetividad (técnico o científico) solo actúa como una forma de anticipar a los contrapoderes, un primer plano en la lucha en contra otros sentidos constituyentes. Expliquemos mejor esta idea.

Situémonos en la diferencia entre la política y lo político; si queremos ser precisos es necesario referirnos a las políticas y no a la política; puesto que, existen variadas formas de entender la organización social; estas conviven muchas veces limitadas por fronteras territoriales o coinciden generando luchas por definir el orden social. Esta multiplicidad de políticas es un efecto de lo político, la posibilidad latente de redefinir el orden social, pero si bien esta latencia es permanente, esta se ve aplacada cuando un régimen logra solaparse sobre otras ideas de orden social, consiguiendo primero legitimidad y luego legalidad mediante un proceso incremental de implementación. Este proceso es, contrario al momento de ruptura, un momento fecundo en institucionalidad y requiere de la materialización de proyectos que mantengan o reproduzcan la legitimidad, a su vez que, faciliten la implementación y aplicación de la legalidad. Es aquí cuando la técnica se evidencia en disposición plena de la política, permitiendo materializar todo un esquema sistemático de procedimientos y

artefactos; las instituciones requieren de todo un esquema jurisprudencial para poder operar, pero además necesitan los medios adecuados para materializar el conjunto de ideas provenientes de lo político, que ahora se cristalizan en la forma de política y que necesitan anticipar a los contrapoderes que constantemente quieren subvertir su orden y para esto necesita de los medios adecuados para garantizarlo. Cabe recordar la frase Weber (1979, p. 83) donde presenta al Estado como un monopolio de la violencia, pero esta violencia es producida mediante el empleo de recursos técnicos; si se quiere, el Estado no solo debe hacerse con este monopolio de la violencia, sino que también debe monopolizar la técnica, encargándose de entregarle a sus ciudadanos (ese caldo de cultivo de político) solo aquella que no socave su legitimidad o pueda interrumpir su legalidad.

La política como ese conjunto de instantes de despliegue de lo político y su fecundidad institucional permiten una expansión de los proyectos técnicos, por esto, no es raro que se usen estos esquemas técnicos como justificaciones de la forma política, el modelo económico, la infraestructura, el programa espacial, el internet, la extracción de recursos, entre otros suelen mostrarse como aspectos del proyecto de consolidación política y de la necesidad de que se mantenga.

Es justamente en la modernidad donde este fenómeno se presenta con mayor fuerza. Mientras que en épocas precedentes lo simbólico era la justificación de la política, ahora lo simbólico se disfraza de la objetividad técnica o científica, por lo cual, la mayoría de posturas políticas actuales (marxismo, conservadurismo, liberalismo, etc.) se fundamentan en la idea de progreso técnico. Con esta idea de *progreso* técnico se intenta desdibujar lo político en lo institucional o integrar lo material y lo simbólico. Se convierte en una política que niega lo político, una forma específica de lo político que intenta negarse a sí misma como postura y a su vez niega que otras posturas sean factibles, deseables o verdadera política; que anuncia la muerte de la política ante la aparición de una forma técnica de ejercer el poder. Pero como ya se mostró, esta es solo una de las formas en que un régimen se anticipa a sus contrapoderes, su lucha por el sentido sigue presente en la forma de una interpretación simbólica de la ciencia y la técnica. Dedicaré el último capítulo a presentar este aspecto.

## Capítulo III.

### Política y técnica

Al hablar de técnica y política enfrentamos a dos fuerzas fundamentales de la humanidad, ambas han estado acompañándolo desde sus inicios, de tal forma que difícilmente podemos imaginar a la humanidad sin una de estas. La popular frase “Scientia est potentia” (el conocimiento es poder) enlaza estas dos fuerzas con el objetivo de abandonar la idea de poder intuitivamente asociada a la fuerza física para desplazarla a la aplicación del conocimiento. Tradicionalmente se le atribuye esta frase a Francis Bacon, pero esta no se encuentra consignada de forma puntual en ninguna de sus obras. Sin embargo, sí es posible encontrar una similar “ipsa scientia potestas est” (el conocimiento en sí mismo es poder) (Bacon, 1597/1884), pero en un contexto teológico, diferente al que se le da en la popularización de la frase. Curiosamente, la frase exacta la encontramos en un texto clásico de la filosofía política *El Leviatán* de Hobbes, pero también con un propósito diferente al popularizado:

Scientia potentia est, sed parva; quia scientia egregia rara est, nec proinde apparet nisi paucissimis, et in paucis rebus. Scientiae enim ea natura est, ut esse intelligi non possit, nisi ab illis qui sunt scientia praediti (Hobbes, 1841, p. 69)

Básicamente la frase busca mostrar que el conocimiento ofrece un poder menor frente a otros poderes de la sociedad. Este ir y venir del poder entre el conocimiento práctico y la política, resulta simbólico si se tiene en cuenta el papel que jugará en la modernidad la ciencia y la técnica en los asuntos políticos. Un ejercicio que ampliaría esta reflexión es invertir la relación y plantear que “el poder es conocimiento”, con lo cual el poder pasa a ser el protagonista para desplegar su carácter fundacional, de construcción de verdad o de brindar sentido.

Esta agitada relación entre conocimiento, técnica y política no ha estado exenta de choques, principalmente durante los últimos tres siglos. Uno de los más destacados ha sido el significativo rol de los mercados en las agendas políticas contemporáneas, donde la política parece haber sido reducida a una cuestión de crecimiento económico, creación y apertura de nuevos mercados, producción, oferta y demanda; y el papel del Estado el de garantizar que

diferentes indicadores se maximicen o minimicen según corresponda. También podemos destacar algunas formas de entender el derecho como mecanismo, la utilización de las telecomunicaciones como herramientas de control, la politización alrededor de las tecnologías alternativas o limpias, las leyes para el control de la natalidad, etc. Sería un trabajo muy amplio tratar todos estos temas puntualmente, puesto que cada uno tiene sus matices, pero confió en que usando el marco conceptual que he presentado hasta ahora podré realizar una reflexión que ofrezca luces para un tratamiento crítico de esta espinosa relación.

Entrelazado con el anterior objetivo, otro de los propósitos de este capítulo final es desmitificar la idea de progreso técnico y la idea de dominación técnica, puesto que ambas concepciones parten de un mismo supuesto: la técnica puede remplazar a la política. Pero esta idea es equivocada si tenemos en cuenta tres aspectos que he defendido previamente: **1)** la concepción instrumental de la técnica, que la entiende como un aspecto psicológico enfocado en la invención y el uso, pero que se carga con contenidos o posiciones sociales e individuales; **2)** la ruptura entre ciencia y técnica, que elimina la aparente neutralidad heredada de la ciencia por la técnica; y **3)** la diferencia entre lo político y la política, que introduce una separación entre el orden establecido y el conflicto o la contingencia subyacente que genera, mantiene y subvierte los regímenes y que está relacionada con los horizontes de sentido que surgen en la sociedad. En este sentido, quiero mostrar que la idea de progreso y la dominación técnica solo es plausible debido a una estrategia argumentativa que busca superponerse políticamente ante las diferencias o ante otros horizontes de sentido, bajo la idea de una aparente neutralidad.

### **3.1. Progreso técnico y dominación técnica**

Iniciamos el siglo XVIII apegados a la idea de *progreso* como resultado de los triunfos de la ciencia y la técnica. Dejamos atrás lo simbólico como una guía para la acción (Habermas, 2009, pp. 56–57) y le dimos paso a una fe cimentada en artefactos que tuvo un impacto social tan amplio que pareció desplazar cualquier otra esfera humana; pero, que no tardó en desfigurarse en una amenaza para finales del siglo XX, como resultado de los fracasos sociales, ecológicos, económicos y políticos. En esta dualidad histórica, entendemos ahora al *progreso técnico*, esperanza y pesadilla, salvación y destrucción. En consecuencia,

más que un producto de la humanidad como una fuerza superior a ella. Esta preocupación ante la ambivalencia de la técnica y la relación antes expuesta entre poder y técnica, ha generado en la filosofía política una gran preocupación. Como lo señala Fernando Broncano (2006),

Si se pudiese resumir en una sola frase la filosofía crítica del pasado siglo lo haría diciendo que el siglo XX comenzó pensando la política desde categorías técnicas y terminó pensando la técnica desde categorías políticas (p. 17)

Dejando ver lo que ha implicado la técnica para la historia reciente. Pensar la política implica necesariamente pensar la técnica y es la idea de progreso la que ha entretejido estos dos conceptos.

Si miramos la historia podemos observar que la política se ha relacionado progresivamente con la técnica, principalmente en el Estado. Antiguamente, un genio político a cabeza del Estado -que justificaba su soberanía en lo simbólico- disponía de un conjunto de herramientas de las que poseía su monopolio y con las que tomaba decisiones. Sin embargo, el continuo crecimiento de las aplicaciones técnicas y su rápida extensión entre la población les dio un carácter público, lo que hizo que el Estado cediera asuntos de los que estaba encargado a organismos públicos o privados, perdiendo con esto parte de su dominio o poder para mejorar su efectividad (Ellul, 2003), ejemplos de esto son la banca central, los servicios públicos, la salud y la defensa.

Se genera, entonces, una mutación de la legitimidad y la autoridad al cambiar de lo puramente simbólico al fundamento técnico. Se descentralizó la autoridad pasando a organismos por fuera del Estado en asuntos específicos, pero pronto la legitimidad central también se cuestionó, ¿Por qué esta no posee un fundamento técnico? Estos cambios, que difícilmente se considerarían negativos en la actualidad, han permitido que decisiones que afectaban a la población en general quedaran destinadas a personas con los conocimientos y experiencia en dichos asuntos, es decir, pasaran del ámbito político un ámbito aparentemente técnico. La idea de progreso técnico ve en esta situación histórica un anhelo, por lo cual propone que se dé una continuidad a este crecimiento para de una vez por todas, no necesitar más a la política.

Por su parte, la idea de dominación técnica es una reacción crítica ante la idea de progreso técnico que busca destacar cómo en la política, la técnica ha sustituido a la humanidad. La idea de progreso se percibe como un mito o una amenaza donde la ampliación de las estructuras técnicas genera justamente una pérdida de control por parte de la sociedad o el aumento de la dominación por parte de unos pocos gracias a productos tecnológicos. Pero no el *progreso moral* del hombre. Estas ideas aparentemente opuestas parten de un mismo fundamento: la técnica puede desplazar a la política debido a su capacidad de reducir todo ámbito a sus términos. Exploremos en profundidad estas dos ideas.

### **3.1.1. Progreso técnico**

Imaginemos una máquina o mecanismo capaz de tomar decisiones precisas, programado para calcular las consecuencias exactas de cada decisión tomada y de implementar de forma premeditada los artefactos, procedimientos y forma de organización necesarios para garantizar la convivencia; evitando de esta forma cualquier problema de tipo político, económico o social. Ahora bien, imaginemos que una maquina como esta nos gobierna y que sabemos que funciona de manera adecuada, gracias a que fue demostrado que puede cumplir sus objetivos.

¿Sería esta la mejor forma posible de gobierno? ¿Sería ético que esta máquina decidiera por nosotros? ¿Sería preferible esta forma de gobierno que en teoría evitaría guerras, hambre, desigualdad y garantizaría libertades a nuestras formas de gobiernos tradicionales?

La idea de progreso técnico parece suponer que la implementación de una maquina o mecanismo similar es posible y, además, éticamente adecuado, puesto que, entregaría mejores resultados que la forma en que en la actualidad se practica la política. Por lo cual, considera a la política como una reliquia del pasado que debe ser sustituida. No obstante, como saben, estamos muy lejos que esta máquina exista o que un método o estrategia pueda acercarse a sus capacidades. De existir, tendríamos que admitir algún tipo de determinismo fundamentado en lo causal y además que esta máquina o estrategia podría revelarlo.

Una de las primeras versiones de la idea de progreso técnico es el industrialismo y su referente teórico principal es Saint-Simon quien proponía extender la infalibilidad de la

ciencia a la moral y la política. Él proponía la reorganización política de su tiempo de forma que las capacidades industriales desplazaran al poder tradicional. En su texto *L'Organisation y Du système industriel* señala exactamente cómo deben estar conformados los estamentos del Estado estipulando los años de experiencia en la industria necesarios para que los funcionarios realizaran su actividad correctamente. En su visión del orden de las cosas planteaba a este sistema como solución a los problemas morales de su época, principalmente la pobreza (Meynaud, 1968, p. 253).

Por su parte, August Comte, uno de los discípulos de Saint-Simon, emprendió la tarea de plantear una nueva ciencia positiva capaz de establecer un orden político que pusiera fin a los abusos de la industria. Según el análisis de Comte, los industriales se centran en sus propios intereses y descuidan los intereses del Estado; por tanto, propuso una alternativa donde una elite con conocimientos técnicos tuviera el poder político y la población recibiera una profunda educación en ciencias, con el objetivo de generar todo un esquema de decisiones basado en cálculos que garantizara el correcto funcionamiento del Estado (Meynaud, 1968, p. 253).

En ambos casos la idea de progreso plantea que los problemas actuales de la política y todos los problemas sociales se pueden solucionar mediante implementaciones técnicas. Este proceso gradual será posible en tanto nos apeguemos a un esquema científico, es decir, en tanto continuemos investigando. Esta idea es una clara derivación de la idea de objetividad de la ciencia, puesto que, al parecer si nos apegamos a dicha idea, esta puede brindarnos los métodos adecuados para resolver los problemas sociales, liberándonos de subjetividades como lo simbólico, lo religioso, las ideologías o los intereses. La técnica y la ciencia se perciben como una fuente inagotable de progreso, donde el aumento de la efectividad es un horizonte infinito (Jonas, 1997, p. 23); según lo cual, siempre podemos pasar de un estado actual a uno mejor, en un ciclo infinito de mejora. Esta idea que es en sí cuestionable en el ámbito técnico y científico se extrapola al ámbito de lo político. De modo que la política se convierte en solo otro ámbito más del que la ciencia y la técnica pueden encargarse, sustituyéndola o transformándola en sus fundamentos.

La idea de progreso técnico requiere ser analizada porque es una idea transversal de la sociedad actual, es promulgada con diferentes matices por los Estados nacionales, partidos

políticos, activistas, científicos, ingenieros, empresas multinacionales y corporaciones. Al parecer nuestras sociedades están tan impresionadas con los progresos que hemos tenido en los campos científicos y técnicos, que esto es evidencia suficiente de la necesidad de estos métodos en todos los ámbitos humanos.

A pesar de que me he referido de forma premeditada a *progreso técnico*, los grupos antes mencionados usan el concepto *progreso* sin más, encapsulando dos aspectos que debemos distinguir la idea de *progreso técnico* y la idea de *progreso moral*. Para Schmitt (2009b)

En el siglo XVII se impuso como idea dominante la de un progreso, esto es, de una mejora o perfeccionamiento que en el lenguaje moderno denominaríamos racionalización; era una época que se basaba en un credo humanitario y moral. De acuerdo con éste, progreso significaba entonces básicamente progreso en la ilustración, en la cultura individual, en el autodomínio y la educación, en una palabra, perfeccionamiento moral. En una época de pensamiento económico o técnico el progreso se entenderá directamente y naturalmente como progreso económico o técnico. Y el humanitario y moral, si es que suscita algún interés, aparecerá como un subproducto del progreso económico (p. 113)

Schmitt deja ver que ambas ideas, *progreso moral* y *progreso técnico*, a pesar de estar relacionadas históricamente no son lo misma. Al parecer se realizó un cambio conceptual de una a la otra, un cambio de enfoque que convirtió el objetivo inicial de perfeccionamiento moral en un subproducto del desarrollo económico o técnico. Es decir, que mientras el progreso moral parece tener asiento en aspectos ligados a lo espiritual, en tanto, proponía un horizonte de sentido característico del romanticismo; el progreso técnico remite únicamente a los aspectos materiales y de efectividad.

Esta diferenciación permite mostrar algunos aspectos del concepto de progreso, mientras que el progreso moral muestra sus cartas y se plantea como un horizonte de sentido, como una posición a tomar, con un objetivo de razón práctica; el progreso técnico evita presentarse como una posición, negándose como ética, religión, moral o política; y posicionándose como objetividad, como verdad.

Esta diferenciación es importante, principalmente si tenemos en cuenta que la idea más extendida y popularizada es la fórmula simple de *progreso* entendida como *progreso técnico* y a que esta última idea se ha usado para hablar de la posibilidad de un gobierno o de

una política técnica o de una reducción de la política a lo técnico. Sin embargo, la hegemonía de esta idea está lejos de ser total debido en mayor parte a las guerras mundiales, donde la técnica sirvió para magnificar lo que, a hoy, se considera un retroceso moral: la sistemática aniquilación de diferentes pueblos.

Como ya se mencionó, el siglo XX se caracterizó por criticar esta idea tanto en el ámbito de la opinión pública como en el ámbito de las ciencias sociales y la filosofía, a este conjunto de concepciones es a lo que he denominado *dominación técnica*.

### **3.1.2. Dominación técnica**

Que la técnica y la ciencia sirven para dominar es la idea común entre todas las posturas críticas del mito del progreso. Por un lado, consideran que el progreso no ha cumplido con sus promesas al punto que los problemas de antaño se han aumentado. Por otro lado, ven en la técnica una amenaza para la humanidad dado que los individuos se ven reducidos a sus instintos o se perciben a sí mismos como objetos (*reificación*), o porque la técnica se ha convertido en un proyecto ineludible que ha desplazado cualquier otro ámbito social o humano.

Esta dominación se ha planteado de dos formas. La primera propone que la dominación es ejercida por un grupo reducido de personas que controlan la tecnología o los medios de producción y que las usan para sus intereses. La otra la ejerce la técnica en abstracto debido a un operar inconsciente de la sociedad que continuamente ha aumentado su dependencia a la técnica y se ha volcado a una praxis fundamentada en la efectividad. Ambas formas de dominación técnica parten de la *reificación* como condición humana; es decir, consideran al ser humano como susceptible a ser reducido funcionalmente para que respondan a un entorno social que le demanda ser útil o eficiente<sup>17</sup>. Axel Honneth (2007, pp.

---

<sup>17</sup> El problema de la reificación ha sido planteado ampliamente en filosofía, fue tratado por Hegel como una de las experiencias de la conciencia asociado con el periodo histórico de la ilustración. Según Hegel (2017) durante la ilustración se produce una espiritualización de los objetos al darle a estos el propósito de servir a los sujetos, es decir, la existencia de los objetos se vincula a la utilidad que ofrecen. Sin embargo, esta consideración tiene una consecuencia posterior cuando se dirige por parte de los sujetos a sí mismos; con lo cual, pasan a considerarse a ellos mismos como objetos útiles y determinan su existencia en tanto su utilidad. Para Hegel esta es una de las etapas de la conciencia y se supera posteriormente, sin embargo, no será así para consideración posteriores del mismo problema como por ejemplo en la teoría crítica.

62–82). describe el problema retomando el concepto de *reificación* de Lukács (que equipara con el de *aprehensión neutral* de Heidegger). Expliquemos entonces el concepto.

De acuerdo con Honneth (2007, pp. 62–82), la reificación consiste en relacionarse con los demás de forma no vinculante, es decir, como si se tratara de una relación con cosas. Este hecho se debe principalmente a que una cultura formada alrededor de la técnica o en un entorno condicionado por lo económico, ocasiona que los sujetos abandonen la vinculación afectiva, propia de los primeros años de la infancia, por una *aprehensión neutral* y calculada del mundo y de los demás. Este proceso avanza hasta que el sujeto pasa a verse a sí mismo como un producto, lo cual genera que su actuar se dé conforme a una estructura exterior instrumental.

Es importante señalar que para Lukács (1970, p. 175) la reificación consiste principalmente en la interiorización del modelo económico capitalista y no es un fenómeno particular de una clase; en este sentido, tanto el proletariado como la burguesía eran víctimas de una sociedad reificada. La burguesía pese a ser la clase dominante esta inconscientemente presa de su forma mercantilista de entender el mundo, se convierte a sí misma en un perpetuador del *status quo* y su libertad queda reducida al consumo. Es decir, la reificación es un reduccionismo a la utilidad, interiorizado por *todos* los individuos de una sociedad que se ha configurado social e ideológicamente de forma económica o técnica.

Esta condición humana, relación no vinculante o mercantil, facilita la dominación: desprovee al ser humano de cualquier otra faceta diferente a la de la utilidad y lo introduce en una moral de la producción, con lo cual se generan las condiciones para que otro fácilmente condicione su vida. Pero, incluso, aquellos que dominan se encuentran cautivos de esta influencia. A pesar de ser dominadores se encuentran determinados por un entorno que limita su experiencia de vida. Esta es, propiamente, una tecnificación interiorizada que se manifiesta tanto a nivel social como individual, una dominación técnica.

Pese a lo anterior, considero que la dominación técnica supone una pre-disposición psicológica por parte los individuos a la reificación, que podría ser explicada en parte por nuestro condicionamiento técnico en la interacción con el mundo (recordemos el uso técnico de nuestra mano que realizó Mumford). Pero, que no es consistente con el hecho de que incluso en sociedades altamente tecnológicas existe, hasta ahora, un espacio para aspectos

diferentes a lo técnico o que usan a la técnica para hacer manifiesto sus horizontes de sentido<sup>18</sup>.

Considero que el principal problema de la dominación técnica es que le ha dado continuidad al mito del progreso, puesto que, al solo modificar el juicio de valor asociado a éste, dejó intacta la idea de que la técnica puede desplazar o reducir a otros ámbitos humanos a sus términos. En este sentido, ambas posiciones asumen un entendimiento sistémico de la técnica. No obstante, esta es una asunción que quiero debatir, al menos para el campo de la política.

### **3.2. La política y el entendimiento sistémico de la técnica**

El entendimiento sistémico entiende la técnica como un proyecto cultural capaz de reducir a términos técnicos cualquier ámbito humano. Esta interpretación ha tenido consecuencias sobre la comprensión de la relación entre política y técnica, al plantear que la superación o reducción de la política por parte de la técnica es algo inevitable. Como ya se ha mostrado, dicho entendimiento se encuentra fundamentado en el cálculo de efectividad, pero en la política dicho cálculo no es tan fácil de realizar como lo mostraré.

El entendimiento sistémico asume una neutralidad en la técnica en tanto le adjudica algunas características de la ciencia, presupone que, como la ciencia, tiene el objetivo unívoco de conocer, la técnica tiene también un objetivo unívoco, la obtención de proposiciones descriptivas con pretensión de verdad en un entorno funcional. Sin embargo, como se vio, la tecnología no posee un único objetivo posee tantos como sujetos o sociedades quieran transformar la realidad. Y es gracias a estos aspectos subjetivos o intersubjetivos que se establece la forma en que se mide el éxito o fracaso de estas transformaciones. Pero a no ser que se llegue a un consenso (o que coincidan por azar) cada objetivo tiene corresponde a un horizonte de sentido diferente.

Cualquier comparación mediante cálculo entre dos objetivos políticos resulta en una incompatibilidad, para dar un ejemplo: el feminismo ha usado como un recurso en sus luchas

---

<sup>18</sup> El mismo Honnet (2007) considera que la reificación es una condición que puede ser superada por la idea de reconocimiento.

la comparación de ingresos entre hombres y mujeres, es decir, la aplicación de una técnica estadística; sin embargo, este aspecto es irrelevante para un grupo opositor que considere que hombres y mujeres son por naturaleza diferentes, por el contrario, podrían considerar que este dato solo reafirma estas diferencias y que puede considerarse, en contra de lo que las feministas piensan, como una muestra de la superioridad de los hombres.

Tal como quiero mostrarlo, en este caso el conflicto sigue latente, las diferencias en el horizonte de sentido no se han solucionado y aquí la técnica no es más que inútil; si se quiere solucionar este aspecto se debe tratar en los términos que realmente se presentan, es decir, como una manifestación política. Como vemos, este ejemplo mantiene el ámbito político invulnerable, el aspecto técnico, la estadística podría funcionar si se establece un consenso en que hombres y mujeres son iguales o tienen los mismos derechos en cuanto a remuneración, pero, si de fondo se desconoce este aspecto el asunto sigue siendo político, es decir pertenece al trabajo por hacer de la política: el conflicto.

Recordemos que pese a recibir una fuerte influencia de la ciencia, la tecnología no es la ciencia, ni tampoco está plenamente integrada con esta como se vio con el concepto de heurística. En ella, confluyen intereses y deseos de transformación que le dan contenido, entre los cuales la política o los conflictos son un aspecto.

En este sentido, reitero que la interpretación sistémica es desacertada. Si bien la técnica se ha desplegado ampliamente en los últimos siglos ha estado siempre de la mano de un horizonte simbólico, esta tiene límites que responden a sus características intrínsecas y entre más avanzamos con ella, más se revela como está impregnada de aspectos simbólicos y por esto, su incapacidad de reducir los ámbitos sociales, se revelan los obstáculos que no puede franquear. En el caso de la política encontramos que el obstáculo es el conflicto, no puede impedirlo o solucionarlo mediante un cálculo de efectividad. Por esto considero adecuada una interpretación instrumental como la que he propuesto, en tanto no extralimita el dominio de la técnica, la entiende en interacción siempre presente con otros ámbitos, pero sin superposiciones, respetando los dominios propios de cada ámbito social.

### 3.3. Un límite para la técnica: crítica al reduccionismo técnico

El politeísmo o el pluralismo es el insumo constante para el cambio de las instituciones. Lo técnico no opera en sus esquemas debido a que el conflicto no responde a un asunto de uso, invención o efectividad; sino que su fuente es la contingencia de la diversidad. Pero la diversidad y el conflicto no aparecen en el mundo como una oposición entre la naturaleza y la humanidad, sino como un problema de la humanidad con la humanidad, de sujetos contra sujetos. Mientras la interacción en la técnica suele entenderse como una relación de objetos mudos, en política hay un interlocutor, un sujeto capaz de articular sus opiniones y creencias, así como de realizar acciones; un sujeto capaz de manifestar sus diferencias y, por tanto, hacer evidente el conflicto.

La idea de progreso quiere trasladar el campo de la interacción con objetos mudos, al campo del conflicto y presenta como solución la objetividad científica. La ruptura entre ciencia y técnica que se planteó anteriormente con el concepto de heurística señala que: cuando se desea brindar soluciones o cuando se desea realizar una transformación no se opera científicamente, sino a través de la técnica. En este sentido, la idea de progreso solo emplea la ciencia como recurso simbólico, lo cual hace imposible que traslade la objetividad científica al campo de lo político<sup>19</sup>. Esto despeja, entonces, una de las ideas asociadas al mito del progreso: quizá la ciencia pueda describir mediante proposiciones objetivas lo que sucede en lo político, pero estas descripciones son diagnósticos y no acciones, por lo tanto, lo político no puede ser abordado como un asunto científico.

Ahora bien, la capacidad transformadora de la técnica pareciera cumplir el papel de brindar objetividad en el terreno de lo político, empleando como parámetro la efectividad. Sin embargo, la técnica se caracteriza por encarnar múltiples fines que definen los parámetros con los cuales se mide la efectividad. Un entendimiento instrumentalista de la técnica como estadio psicológico (que he defendido anteriormente) no niega la influencia de fines en la

---

<sup>19</sup> El papel de la ciencia en lo político no puede ser otro que el de brindar explicaciones de carácter descriptivo a los fenómenos que en ella ocurren, ya sean estos naturales o sociales; mientras que una posible transformación que brinde soluciones quedaría de parte de la técnica.

técnica y más bien los plantea en estrecha relación con esta. Pero la técnica no posee fines en sí misma, aunque pueda encarnarlos en la forma de objetos.

La técnica no tiene la capacidad de generar contenidos. No existe un contenido técnico, por lo cual, ésta no puede generar horizontes de sentido en tanto el sentido no puede provenir de un interlocutor mudo sino de los sujetos. Sin embargo, la técnica sí puede ayudar a materializar estos aspectos subjetivos y estas cosmovisiones en la forma de artefactos (recordemos los puentes de Long Island). Esta materialización puede estar claramente premeditada, estar implícita o ser inconsciente, pero siempre tiene un impacto social y este es justamente el problema que aquí se discute.

Los artefactos encarnan propósitos, intereses y cosmovisiones; son un ordenamiento de fuerzas naturales y sociales por lo cual muchos de ellos se convierten en problemas políticos. Ejemplos encontramos muchos: La energía nuclear, el petróleo, la caza, la ingeniería genética, etc. Esto sucede cuando se pone de manifiesto el componente subjetivo que encarna una propuesta técnica, es decir, cuando se hace evidente el conflicto.

No es la técnica la que puede o intenta sustituir a la política, sino la idea de *progreso* que, bajo el manto de la objetividad científica, plantea un consenso superpuesto que busca aplacar a sus contrapoderes. En este sentido, ingresa aspectos en conflicto como verdades científicas, es decir, como herramienta discursiva que se imponen a otras formas de entender el mundo. La idea de progreso, quimérica de por sí, puede tomar entonces la forma de energías alternativas o combustibles fósiles, de liberalismo o conservadurismo, de capitalismo y progresismo. Por tanto, entender esta idea como una propuesta neutral es un error.

La idea de progreso toma un papel fundacional que busca institucionalizarse, tomando un carácter simbólico que usa a la técnica o la ciencia como discurso. Esta extralimitación del concepto de técnica es un encubrimiento de una postura en conflicto que busca neutralizar las posturas antagonistas mediante un consenso fundamentado en el cálculo<sup>20</sup>. Pero la técnica

---

<sup>20</sup> Fenómenos de este tipo pueden ser explícitos como en el caso del corporativismo de Laureano Gómez o implícitos como cuando dejamos que decisiones con aspectos en conflicto como los TLC se tomen como decisiones meramente económicas.

no plantea más contenidos que los expresados por las personas que promueven la implementación de un producto técnico.

Debemos distinguir entre técnica y progreso técnico. Mientras que la técnica debe ser entendida como transformación de la realidad con un contenido externo a ella, la idea de progreso es una forma de entender ya esta transformación y por tanto es una, entre otras posibles, de propuesta política, una idea más en el juego del conflicto.

Ahora retomemos la noción de dominación técnica. Está la posibilidad de que un grupo use la técnica como herramienta de dominación, por ejemplo, mediante la intimidación de las armas un grupo podría imponer a otros la obediencia a un régimen político. Esta forma clásica de emplear la técnica en asuntos políticos no causa necesariamente que las personas cambien su concepción de mundo y tampoco cambia el hecho que se está imponiendo una concepción de mundo. Si se consigue, la técnica ayuda a dicho grupo a materializar una idea u horizonte de sentido, pero no niega la existencia de este. Otro ejemplo es el uso de estrategias de mercadeo para difundir una idea o una creencia en la mayoría de la población, en caso de conseguirlo la técnica permitió materializar o difundir un horizonte de sentido, pero no a crearlo. En ambos casos estamos hablando de la dominación en sentido más clásico, la imposición de la ideología de un grupo sobre otro, lo cual, es otro problema y en el que lo político se mantiene vigente.

Ahora bien, la noción de dominación técnica también ha sido planteada como la posibilidad de que la técnica en abstracto pueda dominarnos. Esta versión de la dominación técnica implica un aspecto determinista al plantear como un destino inevitable el despliegue de la técnica y la completa anulación de las decisiones humanas en todas las decisiones. La antropología subyacente a esta idea es la reificación, es decir, el abandono por parte de los individuos de cualquier aspecto diferente a la utilidad para sí mismo y para los demás que da como resultado una sociedad instrumentalizada. Para debatir esta idea recurriré directamente al concepto de determinismo.

Según Antonio Diéguez (2005), existen dos versiones del determinismo tecnológico:

- 1) Determinismo fuerte: La tecnología es en sí ingobernable, sigue sus propias leyes o es autónoma.
- 2) Determinismo blando: Las instancias que deberían gobernar y controlar la tecnología no lo están haciendo.

En ambas versiones se asume lo que Diéguez (2005) llama el *imperativo tecnológico* según el cual, de existir algo técnicamente realizable, se realizará. Por tanto, no existe otra fuerza o poder que pueda oponerse a que los productos técnicos se implementen. En la primera (1) porque las demás instancias humanas se han reducido a la técnica y en la segunda (2) porque las otras instancias no son lo suficientemente poderosas para oponérsele. Distinguimos entonces entre un determinismo fuerte y un determinismo blando<sup>21</sup>.

La idea del determinismo tecnológico esta incrustada en algunos aspectos de la sociedad contemporánea. Por un lado, resulta casi imposible renunciar a algunas formas tecnológicas, puesto que, implicarían la muerte de muchas personas, el ejemplo más claro es la medicina. Por otro lado, los procesos tecnológicos se extienden como una red o un sistema donde la influencia de un ser humano aun habiendo participado en su construcción, resulta tan mínima que parece no incidir en ella.

Diéguez (2005) rechaza estas ideas al mostrar que estas afirmaciones no poseen condición de necesidad, puesto que el sistema técnico no es absoluto y es posible crear soluciones aisladas; lo que se demuestra con algunas empresas que protegen sus desarrollos con patentes o las diferencias o incompatibilidades tecnológicas entre países. Incluso, podemos remplazar sistemas técnicos completos con nuevas propuestas como, por ejemplo, con las consideradas tecnologías limpias o algunos fenómenos de internet como el *hacktivismo*, el software *open source*, las criptomonedas y el *blockchain*.

Adicional a ello, existen gran cantidad de propuestas técnicas que se ven frenadas por aspectos sociales, culturales, religiosos, legales o políticos, incluso son más las propuestas que se ven contrarrestadas por los ámbitos sociales que las que realmente son aceptadas y extendidas de forma amplia.

El problema o la piedra fundamental del determinismo tecnológico es que asume una técnica inconexa a los humanos. La técnica y sus productos se consideran como si no hubiesen sido producidos por personas, como si aparecieran de la nada. Esto quizás se debe

---

<sup>21</sup> El determinismo fuerte característico de Jaques Ellul cierra cualquier alternativa de las demás instancias humanas; mientras que el determinismo débil, característico de autores como Landong Winner, plantean un déficit de las instancias humanas que podrían controlar a la técnica (Diéguez, 2005).

a que, aunque la mayoría personas sabe utilizar los artefactos técnicos, la mayoría de las veces desconocen los principios con los que funciona. Este desconocimiento genera un temor que no necesariamente tiene quien ha inventado un artefacto.

Quien conoce la técnica o quien la crea, la reconoce como su producto y entiende cómo sus decisiones influyeron en su consecución. En este sentido, el problema es lo que en la teoría marxista se considera la división del trabajo, es decir, en cómo hemos configurado nuestra sociedad de forma que solo unos pocos conocen realmente el funcionamiento de los artefactos, procedimientos técnicos o del sistema técnico. La técnica como he venido caracterizando es un producto humano, es una organización de fuerzas naturales y sociales con relación al uso y la invención, y una respuesta a los aspectos subjetivos y sociales, por tanto, no se presenta de forma autónoma, sino como respuesta a un propósito ya sea de un sujeto o de una sociedad.

Pero todos estos problemas interpretativos, entendimiento sistémico, idea de progreso, dominación técnica o en general la reducción a la técnica de la política; surgen a partir de la idea de una neutralidad técnica, de asumir que la técnica no se involucra con los horizontes de sentidos, sino que opera por fuera de ellos. Expliquemos entonces esta idea de neutralidad técnica.

### **3.4. La neutralidad técnica como discurso político**

La técnica se desarrolla desde un ámbito social y su producto se inserta en un ámbito social, por lo cual siempre está empapada de aspectos que pueden ser artísticos, religiosos, culturales o políticos. En cuanto a lo político, un producto técnico puede generar o materializar un conflicto que puede o no ser latente. Sin embargo, en la práctica política se recurre constantemente a una aparente neutralidad técnica, una aparente liberación de toda interpretación o posición; pero renovando la famosa tesis 11 de Marx: Los ingenieros han transformado el mundo, lo que se trata ahora es de interpretarlo. Ciertamente sus transformaciones ya poseen un horizonte de sentido como trataré de mostrarlo.

Curiosamente, temas aparentemente técnicos pueden tomar las dimensiones del conflicto. Winner (1987) presenta a manera de ejemplo los conflictos generados a partir de

la energía nuclear y cómo se han generado grupos de oposición a esta proponiendo alternativas técnicas que consideran mejores. Sucede lo mismo con fenómenos como el calentamiento global, en que el aspecto científico ha entrado en conflicto con grupos que plantean que se trata de un fenómeno natural de la tierra y quienes lo asocian a las emisiones del consumo de combustibles fósiles.

Estos casos son significativos porque ponen en jaque una de las características de la técnica y es la posibilidad de escoger una única o la mejor alternativa posible. En tanto, en estos casos las opciones no se pueden seleccionar mediante calculo, sino que dan paso a aspectos del conflicto: intereses, opiniones, discusiones, es decir, se politizan. Aquí se pueden incluir también las relaciones de poder o la politización que se presentan entre las comunidades científicas y técnicas, aspectos ampliamente estudiados entre otros por Thomas Kuhn en su famoso libro *La estructura de las revoluciones científicas* (2010) y en general por los estudios sociales de la ciencia.

Generalmente, la postura científica oficial se centra en los beneficios a gran escala o en los grupos de interés que los influyen. Por su parte, los grupos que quieren subvertir este orden también recurren al apoyo científico o técnico para promover su posición usando estudios o casos de éxito. Pero, tanto los grupos oficiales como los que buscan subvertirlo recurren a lo que denomino un *encubrimiento del conflicto*: se cae en la trampa (o se aprovecha) del discurso técnico para blindar una postura en conflicto de sus contrapoderes, se apela a un terreno neutral.

Pero esto no solo sucede cuando se quiere escoger entre dos técnicas en conflicto, también se presenta en discusiones como el aborto o el matrimonio y la adopción homosexual, donde el conflicto es latente entre dos formas simbólicas de entender el mundo (la libertad moderna y el conservadurismo ligado a la tradición o la religión); pero se reconfigura en términos de ciencia o técnica y se insertan aspectos como el control de natalidad, la distinción biológica entre macho y hembra, el aumento de las adopciones, la supervivencia, etc. El efecto es el mismo, un aspecto en conflicto de raíces ideológicas se cubre discursivamente de aspectos técnicos buscando mejorar con esto su efectividad argumentativa.

Sin embargo, se podría contra-argumentar que no siempre las técnicas generan polémicas, que existen algunas realmente neutrales. La medicina, por ejemplo, es un conocimiento técnico de bastante antigüedad enfocado en la preservación y recuperación de la salud. Presentado de esta forma no parece manifestar ninguna clase de conflicto e incluso podría parecer una técnica realmente neutral. Sin embargo, aspectos como la ingeniería genética de inmediato nos remiten a polémicas. Aunque, en teoría, puede ayudar al propósito de mantener y recuperar la salud, este tema representa un desafío ético y político que ha requerido la intervención de diferentes estamentos. En este mismo camino encontramos religiones que prohíben a sus fieles las transfusiones de sangre, también el dilema de las farmacéuticas y la explotación comercial de la salud, los sistemas de salud pública y el acceso restringido a estos, etc.

En este sentido, aunque un producto técnico no manifiesta explícitamente un conflicto sí puede, potencialmente, manifestarlo. Esto sucede debido a que existen *conflictos resueltos* que recibimos como sedimentaciones históricas y que apropiamos como parte de nuestra cotidianidad como si su solución estuviera dada. En el caso que venimos explorando, resulta sencillo vincular la medicina con el derecho a la vida: casi todas las culturas en la actualidad respetan el derecho a la vida. Pero, podría cuestionarse la medicina en su totalidad por intentar preservar artificialmente la vida, es decir, de forma hipotética un grupo político podría manifestarse en desacuerdo por la no aceptación de alguna especie de voluntad divina o ciclo natural. En ese caso la medicina, que es técnica y no ciencia, se convertiría en un objeto que materializa un conflicto<sup>22</sup>, cuando inicialmente manifestaba un conflicto resuelto.

Por lo anterior, no debemos confundir neutralidad con el hecho de que los productos técnicos se implementan sobre una base ideológica aceptada, pero que potencialmente puede propiciar o generar polémicas. En este caso, resulta adecuada la conceptualización instrumental no neutral de la técnica, puesto que esta sugiere que, ante la aparición de un producto técnico es posible develar su carácter político y en este sentido problematizar su implementación. Pero podemos profundizar un poco más en el concepto de neutralidad en la

---

<sup>22</sup> Cabe señalar, que esto no afecta ni pone en juego las proposiciones de verdad de la biología, ni la medicina; por ejemplo, esto no cambia que las bacterias generan enfermedades, lo que se coloca en conflicto es que deba preservarse o no la vida, usando este conocimiento en el caso hipotético aquí presentado.

técnica, puesto que existe un asidero histórico que permite explicarlo, en este punto retomaré a Schmitt.

Sorprende la importancia que Schmitt (2009b) le da a la técnica en sus conceptualizaciones. Al punto que toda su propuesta política parece estar enfocada en contrariar lo que considera una neutralización de lo político por parte de la técnica. Lo anterior, porque la técnica parece escapar a su conceptualización al neutralizar el antagonismo. Sin embargo, no tarda en reconducir a su esquema esta posibilidad, al señalar su carácter de *aparente* neutralidad o de neutralidad *temporal* donde subyace aun el contenido político como una fe ingenua en lo técnico.

Schmitt (2009b) considera que la técnica se opone a lo político. Plantea que las propuestas políticas, desde el capitalismo hasta el marxismo, evaden el problema esencial de la política, la decisión moral, y se concentran en temas de otros ámbitos. La pretendida neutralidad de la técnica es explicada tanto en su texto *El Leviathan. En la teoría del estado de Tomás Hobbes* (2002) como en *La era de las neutralizaciones y las despolitizaciones* (2009a), en la primera desde un análisis del Estado de derecho y en la segunda como un proceso histórico.

En su texto *El Leviathan. En la teoría del estado de Tomás Hobbes* realiza una genealogía del Estado de derecho en la obra *El Leviatán* de Hobbes. Ahí, el autor considera a Hobbes un decisionista para quien impera el carácter de lo político incluso frente al conocimiento: “Nada es verdadero, todo es mandato” (Schmitt, 2002, p. 53). Sin embargo, toma distancia de éste porque mantuvo una separación entre *creencia interna* y *confesión externa* o entre lo que se cree internamente y lo que profesa de manera pública; puesto que, esto debilitó el carácter decisionista de su teoría al permitir que un individuo pudiera mantener creencias privadas frente a una creencia decretada por el Estado. De acuerdo con Schmitt, este punto será el causante del Estado de derecho y del Estado constitucional liberal, todos ellos Estados aparentemente neutrales donde la soberanía fue eliminada y remplazada por leyes que buscan anular lo político:

La perfección técnica hace de la máquina una entidad autónoma que no puede ser manejada al arbitrio de cualquiera. Las leyes que presiden su funcionamiento tienen que ser respetadas si se quiere que la máquina sea un servidor de confianza. La admirable armadura de un Estado moderno, perfeccionada y aumentada cada día más por las

inauditas invenciones técnicas y el complicado mecanismo de mando de su orden administrativo, exige un determinado margen de racionalidad y de forma en los mandatos y un plan elaborado con profundo conocimiento de la materia. Todo eso significa la transformación de la legitimidad en legalidad, del derecho divino, natural o preestatal en ley positiva y estatal (Schmitt, 2002, p. 67)

En efecto, Schmitt no duda en asociar derecho y técnica, más específicamente derecho positivo y técnica entendida como neutralidad, y lo establece como una consecuencia de la separación entre razón pública y privada. Pero, ¿Cómo esta separación llevó a un Estado tecnificado?

De acuerdo con Schmitt, una consecuencia inevitable de permitir una razón privada, es la superioridad de esta frente a la pública. Esto se debe a que, aunque se siga con lealtad una razón pública, el permitir un fuero interno desprovee de horizonte de sentido a cualquier razón externa y la convierte en una obligación sin convicción. El *sentido* se convierte entonces en un asunto privado y la posibilidad de unidad se desplaza del Estado a las agrupaciones que son externas a este.

Esta estilla en el corazón del Leviatán radicalizará el individualismo hasta el punto de convertirse en el aspecto que configura el Estado y cuya conclusión histórica será la libertad de conciencia, que pasa a convertirse en el tema central por el que debe velar el derecho. Cuando esto sucede, se le retira al Estado toda posibilidad de definir lo verdadero y de convocar unidad, se transforma en un artefacto con funciones administrativas y policíacas; regidas bajo un derecho positivo que instrumentaliza el Estado. Los poderes indirectos como lo comerciantes, los sindicatos y la religión se convierten en pluralismo —que gracias a la razón privada puede generar unión en sus participantes- y son estos los que pasan ahora a ser los poderes que subyugan al Leviatán.

Al ser un mecanismo desprovisto de poder real y ser solo una máquina que opera de un modo predecible por su esquema de leyes resulta fácilmente manejable. Los grupos sociales, ahora en forma de partidos políticos, se aprovechan de esta estructura y crecen alimentándose de esta al tiempo que se le oponen, para finalmente convertirse en poderes anti-individualistas. El Estado queda restringido a su aspecto de aparente neutralidad, pero no porque no materialice aspectos políticos, sino porque los grupos sociales pueden tomarlo y usarlo en su beneficio, favorece en su uso a aquel que pueda reunir mayor poder para

utilizarlo. Pero la necesidad de neutralidad surge a partir de una pluralidad que genera problemas, por lo cual se recurre al cálculo matemático:

Lo que Hobbes quiere es poner término a la anarquía del derecho de resistencia feudal, canónico o estamental y a la guerra civil permanentemente encendida; oponer al pluralismo medieval, a las pretensiones de las Iglesias y de otros poderes “indirectos”, la unidad racional de un poder inequívoco, capaz de proteger eficazmente, y de un sistema legal cuyo funcionamiento pueda ser reducido a cálculo (Schmitt, 2002, p. 74)

Pero, esta pretensión no se consigue debido a que los poderes generados por la unidad política se mantienen externos al Estado. Y aunque el Estado quiera encarnar el individualismo, fracasa y se convierte en una herramienta al acceso de diferentes poderes. De modo que también fracasa la pretensión de crear un Estado que consiga aplacar a lo político.

El Estado liberal es un artefacto técnico. Con esto, pretende ser neutral porque evita comprometerse con cualquier horizonte de sentido. Sin embargo, fracasa al verse utilizado por los poderes que se afianzaron a su alrededor y que sí poseen un horizonte de sentido. En otras palabras, no es que la neutralización de la política sea posible por medio del Estado, esta sigue vigente en la forma de poderes externos, una vez más la relación entre política y técnica se nos presenta como un límite infranqueable.

Pero este fracaso en la búsqueda de neutralidad del Estado es un reflejo de un fenómeno propio de lo político. La búsqueda de entorno de neutralidad que permita a las sociedades dirimir sus conflictos. Esto lo explica Schmitt (2009a) en su obra *La era de las neutralizaciones y las despolitizaciones*, para lo que emplea el concepto de *centro de gravedad* y que corresponde al núcleo espiritual en torno al cual se organizan las sociedades. En el caso de la sociedad occidental, este centro ha movido en diferentes etapas entre la teología, la moral, la economía y lo técnico. Estos movimientos vienen dados por la búsqueda un campo neutral que permite solucionar los problemas políticos y culturales de cada época, y donde los conceptos del ámbito les permiten a las sociedades ponerse de acuerdo. Cuando estos centros de gravedad se vuelven conflictivos se produce un cambio de ámbito.

La técnica ocupa actualmente este lugar, un suelo de aparente neutralidad, en tanto no puede tomar partido. De acuerdo con esto, la técnica está al servicio de cualquiera, lo que

permite que opere sin que en esto influya la valoración. Las soluciones que ofrece son evidentes y cualquiera de los grupos en disputa pueden ponerse de acuerdo en tanto se benefician por igual de los favores que esta otorga. En este sentido, todos los problemas de los anteriores centros de gravedad parecen poder ser resueltos en esta nueva esfera. Sin embargo, Schmitt (2009a) está lejos de considerar esta interpretación como apropiada.

Efectivamente, la técnica puede servir a todos para cualquier propósito: desde la guerra hasta la paz, desde la reacción hasta la revolución. Pero, pese a la existencia de una técnica altamente compleja, los propósitos y conflictos siguen estando latentes y no desaparecen. Por ejemplo, pensar que el progreso técnico trae por sí mismo un progreso moral, no es más que asociar a éste un ámbito espiritual o simbólico; es creer que la técnica en si misma posee un contenido; por lo cual, deja de ser neutral.

Lo que realmente sucede es que los grupos políticos usan la técnica con diferentes propósitos. En efecto, aunque Schmitt no lo plantea explícitamente, tiene una concepción instrumental de la técnica: entiende que su enfoque principal es la consecución de objetivos, aunque advierte que estos objetivos no son intrínsecos a ella y que cualquier contenido viene de un dominio diferente a este:

La técnica misma se mantiene, si se le permite la expresión, culturalmente ciega. De modo que de <<la técnica y nada más>> no se puede extraer ninguna de las conclusiones que acostumbran a extraerse de los otros dominios centrales de la vida espiritual. (Schmitt, 2009b, p. 118)

Con culturalmente ciega Schmitt busca señalar que la técnica no brinda contenidos, los contenidos provienen otros ámbitos. Por lo cual, no debemos confundirnos con el planteamiento de neutralidad. No se trata pues, de que la técnica pueda ofrecernos una auténtica neutralidad, si alguien cree esto no está más que asociando un aspecto simbólico a la técnica, está haciendo de esta un culto y esto implica que empezara a nutrirla con aspectos simbólicos:

Reconocemos el pluralismo de la vida espiritual y sabemos que el centro de la existencia humana no puede ser un dominio neutral, y que es incorrecto querer resolver un problema político mediante la antítesis entre mecánico y orgánico, entre muerte y vida. Una vida que no tenga frente a sí misma más que la muerte ya no es vida, no es sino impotencia e inanidad...Pues la vida no lucha contra la muerte, ni el espíritu con la falta

de él. El espíritu lucha contra el espíritu, la vida contra la vida, y es de la fuerza de un saber integro de donde nace el orden de las cosas humanas (Schmitt, 2009b, p. 121)

Está negando Schmitt (2009b) la posibilidad de la técnica de solucionar los conflictos políticos. Entre lo técnico y lo político puede existir un trabajo coordinado, pero no posibilidad de solapamiento: el ámbito técnico no da solución a lo político. Esta tesis rechaza la concepción que se plantea en la idea de progreso y dominación técnica, condicionándolas a un momento histórico, propio de una cultura que al igual que las precedentes busca un campo neutral para solucionar sus conflictos, pero que no tarda en mostrar su verdadera naturaleza reafirmando la naturaleza transversal de lo político como conflicto.

Se establece de esta forma un límite claro de la política a la técnica. La cual incluso estando constantemente asechada prevalece ante un tipo de Estado que intenta neutralizarla o a un nivel más fundamental se revela que históricamente lo político prevalece ante intentos neutralizadores, de los cuales, el simbolismo que se le asocia a la técnica es solo un episodio más. Nos queda puntualizar cómo se debe interpretar adecuadamente la noción de progreso técnico y la idea de dominación técnica, para esto el concepto de legitimidad política resulta clave.

### **3.5. La legitimidad política de la técnica: una interpretación apropiada**

La idea de progreso técnico como antagonista en el juego político tiene como particularidad el hecho de que evita o encubre el conflicto. Quien la asume no se presenta como un enemigo en disputa, sino como un maximizador de la solidaridad interna que busca eliminar las diferencias bajo la estela del cálculo de efectividad. Se encubre el conflicto en una forma discursiva con una aparente neutralidad y se cuestiona al opositor como alguien en contra de la evolución social. Es aquí donde progreso y dominación técnica se unen en una misma idea. El paladín del progreso generalmente busca blindarse de la oposición a su proyecto y de los contrapoderes que se oponen a la encarnación de su horizonte de sentido, usando a la técnica como fuente de legitimidad política.

Con legitimidad política me refiero al sustento del poder político, es decir, a su fundamento. Quién tiene el poder de dominar, qué instituciones son válidas, quién representa el consenso público o cómo se toman las decisiones.

Como sabemos, la técnica no puede remplazar a la política. Ni siquiera el poder económico puede hacerlo. Sartori (2002, p. 221) señala que el poder económico no ha desplazado al político, sino que recurre a él para ampliarse. Los industriales, al verse en problemas legales o políticos han recurrido a las instituciones políticas para influenciarlos y que legislen a su favor, o han pasado a formar parte de estas para facilitar el despliegue económico. Por tanto, debemos diferenciar entre el “poder político” e “influnciar el poder político”. Teniendo en cuenta lo anterior, encontramos que la política sigue siendo una instancia humana, que, en el peor de los casos, ha minimizado su poder frente a otras instancias, pero que hasta ahora no ha desaparecido. Sin embargo, sí ha cedido en un aspecto político ante la técnica y es en la legitimidad política.

Habermas (2009, pp. 56–57) plantea esta disyuntiva cuando señala que el aumento y el éxito de las fuerzas productivas produce un desplazamiento en la guía de la acción. Mientras que, anteriormente, la validez de una acción estaba dada por lo simbólico; en las sociedades modernas la guía de la acción está dada por la ciencia y la técnica. Coincide en este punto con Schmitt (2009b) y su concepción de *centro de gravedad* y que ha sido en la actualidad tomado por la técnica.

Como centro de gravedad la técnica se ha afianzado como el aspecto discursivo por excelencia y ha tomado la legitimidad mediante un consenso superpuesto (lo que hemos explicado con la idea de progreso y que explica la idea de dominación técnica). Al menos así lo es para la cultura occidental, lo que contrasta con la era pre-moderna de la civilización occidental donde la teología cristiana ocupaba este lugar o en las culturas no occidentales donde la religión sigue siendo una de las principales fuentes de legitimidad. Esto se da en parte al ya mencionado carácter discursivo de la técnica como neutralidad. Sin embargo, al hacer énfasis en su *aparente neutralidad*, su aspecto conflictivo aparece. Se hace visible el trasfondo político sobre el que se construye, hablamos entonces de un consenso generalizado falsamente compuesto.

Recordemos aquí la visión de Arendt (1997) respecto al consenso: en los temas propiamente políticos no se trata de que una o pocas personas puedan tener la razón, sino que justamente el debate puede otorgarnos una perspectiva ampliada en la toma de decisiones, gracias al poder que surge de esta posibilidad se da la acción política.

En este sentido, cuando se toma la legitimidad política usando discursivamente a la técnica se interrumpe tanto el proceso público de antagonismo como la posibilidad de llegar a un consenso adecuadamente construido. Se impone una visión de mundo que no se plantea explícitamente. Lo que se presenta como progreso se convierte ahora en dominación. Esto es justamente lo que sucede cuando los modelos económicos y de desarrollo se presentan como cuestiones ineludibles, cuando el Banco Mundial impone modelos políticos a los países con menos recursos, cuando las multinacionales tecnológicas definen que hacer con los datos de sus clientes o establecen normas laborales que ignoran las legislaciones regionales, cuando se desplazan poblaciones en proyectos residenciales o mineros, cuando la salud se considera un negocio, entre muchos otros ejemplos.

Por lo anterior, es necesario plantear una postura crítica frente al encubrimiento técnico del conflicto, puesto que, solo así podemos liberarlos de un falso consenso, lo que según para Balibar (2014) dinamiza a la ciudadanía permitiendo que los conflictos se visibilicen y a nuestras sociedades dar pasos a sociedades más justas. Lo anterior resulta importante si tenemos en cuenta que en las sociedades occidentales el papel de la ciencia y la técnica es abrumador.

## Conclusión

La propuesta presentada de la relación entre técnica y política permite revelar el carácter político de algunas posiciones que se presentan como técnicas; reconducir los debates que se tecnifican; entender el papel político de los artefactos y métodos técnicos que se integran en nuestra sociedad, permitiéndonos polemizarlos; y nos libera de algunos miedos que nos despierta la técnica en el terreno político. Todo ellos a costa de aclarar que la política es un ámbito en conflicto donde priman los horizontes de sentido, que la técnica es instrumental sin que esto implique su neutralidad, que las sociedades históricamente intentan neutralizar la política y que por esto la política es irreductible a la técnica.

Mientras que en otras épocas difícilmente distinguíamos entre política y religión, el desafío de nuestra época es distinguir entre política y tecnología. Debido a la dinámica ambivalente entre institucionalidad y disrupción propia de lo político, las sociedades están en una constante búsqueda de un terreno de neutralidad que permita acabar, de una vez por todas, con los conflictos. La actualidad se caracteriza por darle ese papel a la técnica.

Sin embargo, si comprendemos que la política se mueve en una dialéctica constante de intentos de neutralización y ruptura, fácilmente podemos descartar la aparente amenaza de una sociedad acallada por máquinas o de un destino donde lo humano no esté presente, y pasaremos a entender que esas máquinas son manifestaciones de un horizonte de sentido en lucha por el poder político, es decir, de las diferentes partes de una sociedad.

Lo que sí es una amenaza real es que nociones como la idea de progreso eclipsen la legitimidad política y bajo el discurso de neutralidad encubran sus posiciones y se afiancen como dominación. Por lo cual, conviene a las sociedades ser críticas frente a este tipo de posturas. Lo que, en términos democráticos significa que ante muchos de los problemas

políticos que están relacionados con la técnica: el gasto público, el libre mercado, el uso de energías limpias, el calentamiento global, etc.; y los que buscan ser reconfigurados como debates técnicos: la adopción homosexual, la inmigración, el aborto, podemos apelar a su carácter conflictivo y resolverlos en el horizonte político al que corresponden. Entendiendo que en estos casos cualquier intento por usar la técnica a favor o en contra, es en realidad un intento discursivo de neutralizar lo que por naturaleza no es neutral: lo político.

Solo así la amenaza inexorable que parece ser la técnica o tecnología es tan frágil como cualquiera. La política -ese viejo dinosaurio- sigue estando con nosotros pese a que quiera ser ocultado por una estela de neutralidad o detrás de procedimientos y artefactos.

## Bibliografía

- Arendt, H. (1997). *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.
- Bacon, F. (1884). *Meditationes Sacrae*. New York: R. Worthington. (Obra original publicada en 1597)
- Balibar, E. (2014). La aporía de una democracia conflictiva. En *Ciudadanía*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Broncano, F. (2006). *Entre ingenieros y ciudadanos: filosofía de la técnica para días de democracia*. Editorial Montesinos.
- Bunge, M. (1966). Technology as Applied Science. *Technology and Culture*, 7(3), 329.  
<https://doi.org/10.2307/3101932>
- Dessauer, F. (2004). La técnica en su propia esfera. En *Filosofía y tecnología*. Encuentro.
- Diéguez, A. (2005). El determinismo tecnológico: Indicaciones para su interpretación. *Argumentos de Razón Técnica*, 68–87.
- Ellul, J. (2003). *La edad de la técnica* (Edición: 1). España: Editorial Octaedro, S.L.
- Franzé, J. (2014). La política: ¿Administración o creación? En *Democracia: ¿consenso o conflicto?*. *Agonismo y teoría deliberativa en la política contemporánea*. Madrid.
- Goffi, J.-Y. (1988). *¿Qué es una técnica?* (A. F. Peralta Sánchez, Trad.). París: PUF.
- González, J. (2014). Habermas y Mouffe, La democracia entre consenso y conflicto. En *Democracia: ¿consenso o conflicto?*. *Agonismo y teoría deliberativa en la política contemporánea*. Madrid.

- González García, M. I., López Cerezo, J. A., & Luján López, J. L. (2004). Las concepciones de la tecnología. *Ciencia, Tecnología y Sustentabilidad*, 1–16.
- Grueso, D. I. (2008). *La filosofía y la política en el pluralismo. La metafilosofía del último Rawls*. Cali: Siglo del Hombre.
- Grueso, D. I. (s/f). Notas de Clase.
- Habermas, J. (1999). ¿Qué significa política deliberativa? En *La inclusión del otro: Estudios de teoría política*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Habermas, J. (2009). *Ciencia y técnica como “ideología”*. Madrid: Tecnos.
- Hegel, G. W. F. (2017). *Fenomenología del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hobbes, T. (1841). *Opera philosophica quae latine scripsit omnia: in unum corpus nunc primum collecta studio et...* Bohn.
- <http://archive.org/details/operaphilosophi03molegoog>
- Hobbes, T. (2016). *Leviatán*. (C. Mellizo, Trad.). Alianza. (Obra original publicada en 1651)
- Honneth, A. (2007). *Reificación: un estudio en la teoría del reconocimiento*. Katz Editores.
- Ihde, D. (2004). *Los cuerpos en la tecnología: nuevas tecnologías: nuevas ideas acerca de nuestro cuerpo*. Editorial UOC.
- Jonas, H. (1997). *Técnica, medicina y ética*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Kuhn, T. (2010). *La Estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Latour, B. (2008). *Reensamblar Lo Social*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Lukács, G. (1970). *Historia y conciencia de clase*. Instituto del Libro. Editorial de Ciencias Sociales.
- Meynaud, J. (1968). *La tecnocracia, ¿mito o realidad?* Barcelona: Tecnos.
- Mumford, L. (1992). *Técnica y civilización*. Madrid: Alianza.
- Mumford, L. (2004). La técnica y la naturaleza del hombre. En *Filosofía y tecnología*. Encuentro.
- Niiniluoto, I. (1997). Ciencia frente a tecnología: ¿diferencia o identidad? *Arbor*, 157(620), 285–299. <https://doi.org/10.3989/arbor.1997.i620.1818>
- Rawls, J. (2002). Justicia como imparcialidad: política, no metafísica. En *Doce textos fundamentales de la ética del siglo XX, 2002, ISBN 84-206-4390-4, 187-229*. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1030965>
- Sartori, G. (2002). *La política: lógica y método en las ciencias sociales*. Fondo de Cultura Económica.
- Schmitt, C. (2002). *El leviathan. En la teoría del estado de Tomás Hobbes*. Struhart & CIA.
- Schmitt, C. (2009a). *El concepto de lo político: texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*. Madrid: Alianza Editorial.
- Schmitt, C. (2009b). *Teología política*. Madrid: Editorial Trotta, S.A.
- Schreibman, S., Siemens, R., & Unsworth, J. (2016). *A New Companion to Digital Humanities* (Edición: 002). Chichester, West Sussex, UK: PAPERBACKSHOP UK IMPORT.

Thomson, G. (2002). *Introducción a la práctica de la filosofía*. Panamericana.

Weber, M. (1979). *El político y el científico*. (F. Rubio, Trad.). Alianza.

Winner, L. (1987). *La ballena y el reactor: una búsqueda de los límites en la era de la alta tecnología*. Barcelona: Gedisa.